
EXPEDICION al ETER
LARRY WINTERS.
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO
JOSE LUIS.

Larry Winters

EXPEDICION AL ETER

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



PERSONAJES

Harry Travers.- Ingeniero aeronáutico.
Baetriz Patterson.- Secretaria y prometida de Travers.
Alan Morley.- Delineante de Travers.
Philip Kingston.- General de aviación.
Samuel Allyson.- Profesor de ciencias exactas,.
Richard Danield.- Experto astrónomo.
Paul Anderson.- Físico nuclear.
James K. Hurbult.—Capitán de navío, experto en motores atómicos.
Ralph Hunter.—-Médico cirujano de la expedición.

Charles Somerville.- Navegante y especialista en radar.
Randolph Morris.- Mecánico motorista.
Finnegan y Kelly.- Mecánicos auxiliares.
George M. Murdock, James Tiddim, Lester Doc y Mario Alves.- Terrestres raptados tiempo atrás por una aeronave marciana.

CAPÍTULO PRIMERO
UNA REUNION A DESHORA

Como una avanzada del invierno y despedida de aquel otoño excepcionalmente bonancible, la tormenta estalló a media tarde y continuaba al llegar la oscuridad, desplomando sobre Los Ángeles las turbonadas espesas que el viento se complacía en dispersar con su soplo. En el espacio se desataba la sinfonía salvaje de los truenos acompañando al lívido e incesante fulgor del relampagueo, y todo ello contribuyó no poco a que las calles se encontrasen casi desiertas y que hasta los mismos edificios permanecieran en sombras, enfundados en la cortina de agua que se desprendía de las nubes.

Por este motivo resaltaba todavía más, como un faro solitario brillando entre la negrura, el rectángulo de luz en el piso duodécimo del «Perkins Building», un edificio ocupado por oficinas y despachos privados en donde, lejos del tráfico callejero, aislado de todos y a salvo -tal vez por encontrarse a la vista de todos- de las miradas curiosas y las conjeturas impertinentes, iba a desarrollarse el final del más grandioso proyecto que jamás vieran los siglos y que cobraba realidad por momentos haciendo posibles las aspiraciones del hombre, esperanzado siempre por conseguirlo.

Un hombre, tras aquella ventana iluminada, daba por terminado su trabajo al conjuro del sonido de un reloj que acababa de dar las diez. Con paso lento y cansino se encaminó hacia el cuarto de aseo y durante unos minutos el rumor del agua cayendo en el lavabo ahogó el chascar de la lluvia sobre la ventana contigua. Luego, incorporándose, posó fugazmente su mirada sobre la tersa superficie del espejo contemplando la imagen que aquél le devolvía bajo la luz azulada de la lampara, se vio a sí mismo con la expresión de sorpresa de quien encuentra a un viejo conocido después de una larga ausencia.

Era suya aquella silueta alta, aquel rostro moreno de mejillas un tanto hundidas y leves arrugas bajo los párpados, eran suyos también aquellos labios finos y apretados en un rictus de fortaleza y decisión, el mentón saliente y casi agresivo, los ojos grises de profundo brillo que no podía apagar el enrojecimiento del cansancio,

los cabellos un tanto alborotados y con algunas prematuras hebras de plata alterando su natural color castaño. El propio Harry Travers le contemplaba ahora desde el otro lado del espejo, desde el pedestal de sus treinta años, y con su ademán ceñudo, su actitud, su aspecto de cansancio y de fatiga moral y los oscuros círculos marcados en torno a los ojos, parecía reprocharle duramente el olvido y abandono en que el Travers ingeniero estaba teniendo al Travers hombre.

Suspiró levemente y se enjugó las manos con calma. Era cierto que estaba cansado, que fue necesario batallar muchos años, enfrentarse a mil dificultades, vencer los obstáculos más poderosos, sacar energías de la vitalidad de su cuerpo y animarse con sus propias convicciones, afirmar la seguridad que tenía en su proyecto, convencer a los demás de que era perfectamente factible. Lecturas, estudios concienzudos, cálculos matemáticos, sugerencias, reformas de la idea inicial... todo prestó a su ánimo una especie de febril ansiedad que sólo desapareció cuando la tarea quedó completamente terminada y cuando sus fieles y leales colaboradores, tan entusiasmados como él mismo con el proyecto, volaron a Washington para exponer ante la Comisión Militar del Pentágono los resultados obtenidos. Con él sólo había quedado Alan Morley, el delineante que trazó los planos y que ahora estaba durmiendo a pierna suelta en su casa después de dos noches en vela repasando los cálculos; Beatriz Patterson, su secretaria, abandonó el despacho dos horas antes para entregarse también al descanso que tanto necesitaba, y en cuanto a Paul Anderson y el general Kingston...

Travers se encogió ligeramente de hombros. Hacía diez días que Kingston, general de la Fuerzas Aéreas, y Anderson, físico nuclear y miembro de la Comisión de Control de Energía Atómica, salieran para Washington, y la demora en su regreso y la carencia de noticias, tanto podía significar la aceptación como el rechazo del proyecto presentado inicialmente. Aquellos diez días habían sido más agotadores que todos los años pasados, y al cabo de ellos Travers no pudo contener el estallido de sus nervios y regresó al despacho llevándose a Morley y a miss Patterson y repasando con ellos todos los datos, cálculos y planos hasta convencerse de que no había ningún error, temiendo encontrarlo donde no podía haberlo y haciendo caso omiso de las protestas de Morley que renegaba contra él a causa de la falta de sueño.

Ahora, cuando faltaba poco para el final, se miraba en el espejo contemplando su imagen como la de un desconocido. Un desconocido. Eso era él cuando terminó la guerra y la nación licenció a los hombres que prestaron sus servicios en la Escuela de Reactores de Oakland. Harry Travers fue en 1941 uno de los estudiantes de la Universidad de San Francisco que se enroló en la aviación para

prestar servicio de guerra; por aquel entonces -recién cumplidos los veinte años- tenía acabada la carrera de ingeniero aeronáutico y con el paso del tiempo, observados sus méritos y sus dotes científicas, le destinaron a Oakland para que ayudara a los restantes técnicos en su avance a través del nuevo camino que la propulsión a chorro marcaba en el campo de la aviación. Allí le sorprendió el final de la guerra, allí también recibió la noticia de la muerte de un hermano de su padre, virginiano como él, que le convertía en único heredero de la familia, y ello dio origen a que once meses después naciera en Los Ángeles la «Travers Aircraft Co», dedicada a la construcción de aviones a reacción, que al mismo tiempo permitió a Harry perfeccionar sus conocimientos de aeronáutica y aventurar determinadas hipótesis que siete años más tarde habían de cristalizar en su famoso proyecto. Fue algo obsesionante en él aquella idea; cerrando los ojos contemplaba imaginativamente el vuelo de su aeronave, seguía el rápido avance del gigantesco cohete que surcaba el espacio y cuyo punto de aterrizaje estaba... ¡en Marte!

Un perfecto asesoramiento y una exactitud en los cálculos le aseguraron que su idea era factible. George Kingston, jefe en un tiempo de la Escuela de Reactores de Oakland y Paul Anderson, físico nuclear, se convirtieron en colaboradores suyos y le ayudaron con sus conocimientos y experiencia. La influencia que necesitaban para abrirse paso, entre las altas esferas de la nación consistió tan sólo en los propios méritos y en la fe ciega que todos tenían en el proyecto. Y ahora, casi siete años después de iniciarlo, después de una serie de trabajos encaminados a perfeccionar la idea inicial, luego de pulir los defectos, orientar los trabajos y desarrollar completamente todo lo necesario para la construcción de la aeronave...

Con gesto cansado, Harry Travers ordenó los muchos papeles que alfombraban su mesa de trabajo, guardó otros en la caja fuerte y tomó por último su abultada cartera de mano recogiendo al paso su sobretodo y su sombrero. Solamente había un escollo por salvar en Washington y a buen seguro que sus dos compañeros estarían luchando de firme para vencerlo; en principio se contó con la hidrazina y el ácido nítrico como propulsante, aun teniendo en cuenta lo costoso de su obtención y lo elevado de su consumo, pero Paul Anderson preponderó la instalación a bordo de un reactor nuclear como fuente de energía, hizo los cálculos necesarios, diseñó la estructura y consiguió anular las protestas del general que opinaba que esa reforma implicaba tanto como la negativa del gobierno a interesarse en el proyecto. Así lo estaba pensando también ahora Harry Travers, y quizás en ello estaba el origen de todo su malhumor y todo su nerviosismo. Apagó las luces disponiéndose a salir y le sobresaltaron los repetidos golpes que alguien descargaba sobre la puerta

acompañando al zumbido insistente del timbre.

- ¡Abre, Harry! -gritaba una voz-. ¡Soy Kingston!

Travers, suspenso, tornó a encender las luces y franqueó el paso a su visitante: El general Philip Kingston, con una agilidad impropia de sus años se precipitó como una tromba en el pequeño vestíbulo sacudiendo su impermeable chorreante y arrojando lejos la gorra con impulso nervioso. Su encendido rostro, salpicado de menudas gotas, estaba radiante de satisfacción cuando,abrazó al ingeniero.

- ¡Venciste, Harry! -exclamó-. ¡El Pentágono ha aprobado tu proyecto y el asunto está en manos del Congreso para llegar a manos del mismo Presidente de la Unión!

La cartera, el sobretodo y el sombrero de Travers habían ido a parar al suelo de resultas del impetuoso asalto, y el joven, intensamente pálido, parpadeaba asombrado sintiendo un nudo en la garganta que le impedía pronunciar una sola palabra.

- Siete años -murmuró al fin desasiéndose del general-. Siete años para llegar hasta aquí.

- ¿Puedo felicitarle yo también, Señor Travers? -preguntó una voz a sus espaldas.

Tras ellos, erguido bajo el vano de la puerta, había otro hombre, alto y desgarbado, de cabellos canos y manos huesudas. Unas gruesas gafas resbalaban constantemente sobre el plano inclinado de su nariz aguileña y había en su mano diestra un gesto automático que la llevaba a sujetarlas intentando clavarlas en su sitio. Desde aquellos cristales le contemplaban unos ojillos de ratón, brillando ahora con expresión un tanto burlona.

Harry abarcó su figura de una ojeada conteniendo una sonrisa. Había un charco en la alfombra procedente del reguero de gotas que escapaba del paraguas colgado de su brazo. Su aspecto, aun denotando una recia personalidad, tenía cierto aire de vaguedad, como de persona ocupada en altos menesteres y que sólo de vez en vez descendía a las prosaicas esferas inferiores de la vida. Era -se dijo Harry- un hombre con toda la apariencia de haber sido arrancado de otro mundo.

- ¿Quién es? —preguntó interrogando al general.

- ¡Cáspita! -repuso aquél-. ¡Se me olvidó con la alegría de la noticia! Permite que te presente a Samuel Allyson, catedrático de Ciencias exactas de la Universidad de Columbia. El y yo acabamos de llegar de Washington hace escasamente cuarenta minutos. Y éste es Harry Travers, profesor -añadió girando hacia Allyson-, el ingeniero aeronáutico autor del proyecto.

- Encantado y enhorabuena, señor Travers. Tiene en el general Kingston un excelente defensor.

- Gracias. Celebro conocerle, profesor -repuso Harry estrechando con firmeza la mano que el otro le tendía.

- ¡Por cien mil diablos! -estalló Kingston cerrando la puerta y empujándoles-. ¡Basta de cumplidos y vamos a sentarnos porque hay mucho que hablar!

Ya en el despacho, el ingeniero hizo los honores a sus visitantes:

- ¿Una copa, caballeros? -ofreció.

- No vendrá mal para celebrarlo -aceptó el general-. Me encuentro esta noche tan entusiasmado como si fuera a entrar en posesión de una herencia.

Poco después tenían los tres su vaso de «whisky» y el general brindaba:

- ¡Por el «Proyecto Marte»! ¡Por su éxito futuro!

- ¿Dónde esta Paul Anderson? -preguntó Harry.

- En Oak Ridge, preparando todo lo referente al propulsor atómico, muchacho. Cuando oigas lo que voy a contarte vas a creer que es un sueño, ¡Eres un hombre afortunado, Harry!

- Me tiene sobre ascuas, general.

- Todos lo estamos, Harry. ¿Has leído los periódicos últimamente?

Sorprendido por la intempestiva pregunta de Kingston, Travers denegó con la cabeza sonriendo. Desde hacía mucho tiempo no le quedaba espacio para dedicarlo a otras atenciones que no fuera su proyecto. Había sido un esclavo del trabajo y muchas veces tuvo un reproche para sí mismo, una repulsa semejante a la que su imagen le diera poco antes desde el espejo.

- Pues entonces te sorprenderás mucho más todavía. Enséñeselo, profesor.

De uno de los profundos bolsillos interiores de su chaqueta extrajo Allyson un paquetito cuidadosamente envuelto y que resultó contener una esquirla de metal, un diminuto fragmento de un color plateado que brilló intensamente bajo los rayos de la lampara.

- ¿Y bien? -preguntó Harry después de contemplarlo atentamente.

- Le llamamos «Tyrium» -repuso Allyson escuetamente- y es un metal desconocido en la Tierra, aunque actualmente poseemos casi un millón de toneladas de él.

- Bromea usted, profesor.

- Ya dije yo que te asombrarías, muchacho -cortó Kingston--. Por eso pregunté si habías leído los periódicos, porque hace cinco meses se desplomó un aerolito muy cerca de Álamo Gordo, New Mexico, dentro de la extensa zona atómica, y que estuvo a punto de originar una verdadera catástrofe en las instalaciones. Donde antes

había sólo desierto se alzó una montaña gigantesca que llegó hasta nosotros bajo la forma de un aerolito de enorme tamaño...

- Incalculable, diría yo -añadió Allyson-, si se tiene en cuenta que su masa debió fraccionarse y hasta desaparecer en parte al chocar contra la atmósfera terrestre. Puede usted afirmar que para su proyecto ha llegado ayuda hasta desde allende el espacio, señor Travers.

- Y gracias a ello tenemos una misión determinada para nuestro viaje, Harry -añadió Kingston.

- No pretenderán que busquemos a quienes nos lanzaron ese aerolito, ¿verdad? -preguntó sonriendo Harry.

- Casi, casi, señor Travers -aseguró gravemente Allyson-. Lo que nosotros hemos bautizado con el nombre de «Tyrium» ha resultado un metal de increíble dureza, alto punto de fusión, densa composición nuclear y peso específico, un mineral nuevo que reúne la ligereza del aluminio con la consistencia del acero mejor templado, de extraña reacción a los ácidos y desconcertante análisis espectrográfico que nos han dado la certeza de ser un elemento desconocido y nuevo para los terrestres. Con él va a construirse ahora la envoltura de su nave sideral, señor Travers, y ojalá pudiésemos encontrar nuevos bloques de «Tyrium» para la industria norteamericana, porque en caso afirmativo...

- Imagínate qué revolución, Harry -dijo el general.

- Les aseguro que sus noticias me dejan estupefacto, señores -aseguró Travers removiéndose inquieto en su asiento-, y que todavía no me convenzo de estar despierto. Es lo más fantástico que jamás escuché... y todo se asemeja demasiado a una broma pesada y de mal gusto.

- Pues habrás de convencerte, Harry. Te convencerás cuando tú mismo escuches al profesor Allyson y él te diga en qué ha venido a parar tu proyecto.

- Sólo se me ocurre una cosa -repuso Harry con un dejo de amargura-, y es que mi idea ya no me pertenece, que yo mismo soy un extraño.

- Perfectamente, señor Travers -dijo Allyson sin hacer caso de la observación del ingeniero- Un poco tarde me parece para comenzar la entrevista, pero temo que el tiempo va a constituir algo precioso para nosotros a partir de este momento. Soy asesor científico de la Comisión Militar del Pentágono, y como tal no he podido menos que informar favorablemente su proyecto, encaminado a realizar el primer viaje entre dos planetas. Este viaje era algo que entraba desde hace años en los cálculos de la Humanidad, pero a usted le cabe la gloria de haber solucionado los inconvenientes y obstáculos de su realización; con toda franqueza; esos inconvenientes eran de tal

magnitud que llegaron a hacernos pensar que la fruta no estaba madura todavía.

- Le comprendo -repuso Harry no repuesto aún de las emociones y sorpresas experimentadas en pocos minutos-. Yo mismo he consumido siete años de trabajo antes de ver realizado mi sueño, sin esperanzas siquiera de verle aceptado por el Gobierno y lamentando tan sólo, tal era la confianza que tenía y tengo en mi idea, no poder financiar personalmente la construcción de mi aeronave y lanzarme a la aventura sin pedir ayuda oficial.

- Afortunadamente no fue así, muchacho -terció el general—. Dentro de poco tiempo el Congreso votara el crédito necesario para construir el cohete y nosotros podemos contarnos ya como futuros miembros de la expedición. Ha sido mejor que permaneciéramos en la Tierra cuando más falta hacíamos.

- En efecto -prosiguió Allyson-. Les necesitamos con nosotros porque la aeronave será construida por cuenta del Gobierno y el viaje interplanetario será una realidad en un futuro próximo. Sin embargo, se hace necesario retocar los planes primitivos y por eso estoy yo aquí, para comenzar el trabajo y ser un colaborador más en la tarea que nos aguarda. Conozco más que superficialmente los detalles, pero me gustaría entrar en materia ahora mismo si es posible.

- Como quiera -dijo el ingeniero-. Pediré por teléfono café y bocadillos y nadie nos molestará hasta mañana. Si se hace necesario puedo llamar también a mi delineante, a mi secretaria o a cualquier otro de mis empleados.

- No lo creo necesario, Harry -cortó el general- Lo haremos entre nosotros tres.

Aguardaron tan sólo a que les trajeran la sencilla cena a la que en verdad hicieron los honores, y nuevamente Allyson tomó la palabra.

- Su proyecto, señor Travers, cobra en estos momentos una inusitada importancia al relacionarlo con los acontecimientos que le han rodeado. Hay verdadera prisa por realizarlo y en favor de ello abogan varias razones importantes. Una es la industrial; experimentar prácticamente el «Tyrium», del que ya han comenzado a fabricarse algunos cohetes de prueba, sondear el espacio en busca de las fuentes naturales de ese mineral y obtener muestras de sus variedades. Otra es la científica, el gigantesco paso que supone la exploración del éter, la investigación de las capas superiores de la atmósfera y el estudio de los rayos cósmicos, junto a lo cual resulta insignificante el resultado obtenido con nuestros proyectiles dirigidos. Otra más es la militar, con el posible aprovechamiento del espacio y la conquista de la Luna, pongo por caso, como base de lanzamientos de proyectiles dirigidos y el establecimiento posterior de satélites

artificiales. Y, por último, tenemos la razón patriótica, el hecho sensacional de pisar la superficie de otro planeta.

Sonrió burlonamente Allyson mirando a los dos hombres que le escuchaban:

- Solamente se han tenido en cuenta hasta ahora las probabilidades del hecho, pero nadie nos ha dicho qué va a ocurrirnos en cuanto salgamos de la Tierra; ninguno sabe si podrá resistir la aceleración progresiva, si llegará vivo a las alturas insondables del espacio, o si el mismo cohete no estallará como gigantesca granada por el esfuerzo en escapar a la fuerza de gravedad.

Harry Travers y el general habían escuchado en silencio la disertación del profesor y por toda respuesta el ingeniero fue hasta la caja fuerte, sacó de ella una voluminosa carpeta con el titulo de «Proyecto de Marte» resaltando sobre su cubierta y se la entregó diciendo:

- Aquí tiene, profesor Allyson. Son los duplicados de las notas, planos y cálculos enviados al Pentágono y a la Oficina de Patentes. Podemos comenzar a revisarlos cuando guste.

- De acuerdo; vamos allá.

Rebuscó entre los papeles como hombre que conoce el asunto y separó una hoja con un diagrama del vuelo. En el papel estaba dibujada la Tierra, marcados sus movimientos de rotación y traslación, las posiciones de la Luna en sus fases más interesantes y la trayectoria a seguir en la ruta hacia Marte.

- Dijo usted -comenzó el profesor-, que resultaría conveniente la construcción de un satélite artificial que sirviera de base de lanzamiento para la aeronave.

- Eso fue al principio, profesor -cortó Harry-. Actualmente, con medios de propulsión atómicos, la misma nave puede ser ese satélite artificial en la primera fase de su viaje hacia Marte, o bien puede utilizarse la Luna como base de lanzamiento.

- He hecho mención de ello porque su idea ha sido tomada en consideración aunque sin relacionarla con la aeronave que ahora nos ocupa. Tal vez más adelante el espacio se pueble de islas artificiales que sigan el diseño de la que usted describe en su memoria y cuyos planos adjunta. Se lo advierto -sonrió- para que se apresure a sacar una nueva patente de esa faceta de su proyecto. Ahora pasemos al asunto.

- Estoy listo -advirtió Kingston lápiz en ristre y dispuesto a tomar nota de todo cuanto se dijera allí.

- Bien -comenzó Harry-. Supongamos lista la aeronave que ha de conducirnos hasta Marte. Mi proyecto está basado en que necesitamos una velocidad de 19.500 millas por hora para liberarnos de la atracción de la Tierra, y que tal cosa es factible dividiendo la

ascensión en dos fases principales. En la primera de ellas, y mediante la acción de una batería de motores a reacción movidos por hidrazina y ácido nítrico, el cohete alcanzará una altura de 1.700 kilómetros con una velocidad resultante de 25.000 kilómetros por hora. En tal posición pasaría a convertirse en satélite artificial de la Tierra y giraría en torno a ella siguiendo una órbita fija y dando una vuelta completa cada dos horas. Dije antes que necesitábamos unas 19.500 millas de velocidad, pero como ya hemos adquirido 15.840 en nuestro giro en torno a la Tierra, basta un aumento de 3.660 millas, perfectamente alcanzable, que en la segunda fase del vuelo nos permitirá lanzarnos al espacio en busca del planeta Marte. A partir de entonces...

Durante largo rato continuó la conversación acompañada por el murmullo de la lluvia en los cristales, del retumbo profundo de los truenos y de las maldiciones abogadas de Kingston que no podía seguir en ocasiones lo rápido de las palabras o lo enrevesado de las cifras que barajaban Allyson y Travers. El café se consumió rápidamente mientras se repasaban cifras de velocidades, distancias y tiempos. Se anotaron las nuevas disposiciones y el proyecto de reforma de los cálculos a realizar y se trazó también un esquema del programa de trabajo que les aguardaba. Por fin, cerca de las seis de la madrugada, Allyson y Kingston se despedían para regresar de nuevo tras unas pocas horas de descanso mientras el ingeniero hacía lo mismo sin abandonar el despacho, utilizando para ello el diván extensible. El general tuvo un soñoliento «buenas noches» rectificado al momento por el «será mejor decir buenos días» del profesor Allyson, que se encontraba completamente fresco y despejado como si la agotadora jornada no influyera lo más mínimo en su ánimo habituado a las largas veladas, y Harry se quedó solo en la habitación, se quitó la chaqueta y los zapatos antes de dejarse caer en el diván, y se quedó instantáneamente dormido, sin apagar la luz y con una sonrisa de complacencia entre los labios apretados.

A buen seguro que el ingeniero navegaba ya a través del espacio sobre la nave sideral de sus sueños excitados.

CAPITULO II
SALIDA HACIA MARTE

Beatriz Patterson abrió la puerta con su llave y se echó instintivamente hacia atrás para escapar de la tufarada de humo azulado que salió a su encuentro y que parecía llenar el despacho entero como consecuencia de los innumerables cigarrillos fumados por Travers y sus visitantes horas antes. Corrió hacia la ventana abriéndola por completo, dando paso al soplo fresco del viento y a la claridad plomiza de un día nublado; repitió la operación en el cuarto de aseo, sin preocuparse de la corriente de aire que alborotaba su corta

melena lanzándole los cabellos a la cara, y se detuvo después junto al diván en donde reposaba Harry Travers.

Le contempló largamente lanzando un breve suspiro. Inclinándose sobre él, su mano alisó suavemente los cabellos alborotados del ingeniero en un gesto que era una caricia y que llenó de rubor el rostro de la muchacha, haciéndole volver la mirada hacia la puerta como temerosa de haber sido pillada en falta. Aquel gesto lo decía todo; sin embargo, con aquel sencillo ademán confesaba instintivamente Beatriz Patterson el cariño que Harry Travers despertara en su corazón, el amor que fuera agrandándose en su pecho a medida que transcurría el tiempo desde el día en que no tuvo más remedio que confesarse a sí misma sus propios sentimientos, desde que hubo de reconocer que se había enamorado de su jefe sin la esperanza siquiera de que su cariño fuese correspondido por aquel hombre que parecía ignorarla pese a tenerla a su lado tantas horas al día, que sólo se preocupaba de los cálculos y proyectos, que no escuchaba las advertencias de quienes le rodeaban respecto a tomarse un descanso en la tarea, y que permanecía indiferente y ciego hacia el maravilloso brillo de unos ojos que constantemente parecían estar prendidos en él.

Acercándose a la mesa marcó un número de teléfono y, establecida la comunicación con el restaurante del piso quinto, encargó una abundante provisión de café, leche y bocadillos, previendo el apetito de su jefe que en aquellos momentos comenzaba a rebullir bajo los efectos tonificantes del airecillo y se revolvía en el diván comenzando a despertar.

- Buenos días, señor Travers -saludó la muchacha cuando le vio incorporarse y mirar con aire ausente. Desde aquel momento Beatriz Patterson había vuelto a ser solamente la secretaria eficiente e insustituible del ingeniero, quien muchas veces había bendecido el día, cinco años hacía de esto, en que comenzó a trabajar a su lado.

- Hola, Betty -repuso restregándose los enrojecidos párpados-. Le ruego excuse mi imprevista presencia aquí, pero anoche...

Su vista se alzo lentamente recorriendo la figura de la muchacha, desde las columnas torneadas de sus piernas enfundadas en inmaculadas medias cortadas por las rodillas con el vuelo de la falda, desde el talle y el busto armonioso ceñido por la chaqueta de un traje sastre hasta el rostro atractivo y moreno, de mejillas carnosas y sonrosadas, de labios rojos y encendidos y blancos y menudos dientes que daban a su cara una belleza serena que aumentaba, sí cabe, con el relampagueo de unos ojos negros y el vuelo recortado de unos cabellos orlando su frente y sus menudas orejas. Para todo aquello hubo la misma mirada rutinaria y fugaz del hombre que está acostumbrado a contemplarla todos los días y a todas horas, y

súbitamente, como sí recordara de golpe todo cuanto aconteciera horas antes, saltó del diván y se irguió sobre sus pies descalzos para sujetar por los hombros a Beatriz con una excitación súbita.

- ¡Ha ocurrido, Betty! -exclamó- ¡El general Kingston regresó anoche de Washington y...,!

- Ya lo sé -contestó fríamente la muchacha desasiéndose de las manos de su jefe y parpadeando velozmente-. El propio general me ha llamado hace treinta minutos para advertirme que estaba usted aquí y que él vendría en seguida. También me ha explicado brevemente todo lo que ocurre, pero ahora será mejor que usted se asee un poco antes de que llegue el desayuno y antes de que comiencen a venir todos los demás.

- No parece que le alegre mucho todo esto, Betty -murmuró Harry al advertir el tono indiferente de la muchacha.

- Si quiere una respuesta sincera, le diré que solo creeré en el resultado cuando contemple terminado el cohete, no porque dude de su proyecto, bien lo sabe, sino porque no estoy muy segura de que usted resista hasta entonces a juzgar por el aspecto de su cara.

- ¿Por qué me hace siempre esos reproches, Betty? -preguntó Harry.

- Porque... Bueno, al fin y al cabo soy su empleada y no me gustaría quedarme sin jefe prematuramente -repuso ella volviendo rápidamente la cabeza.

- De acuerdo, Betty. Tome nota de esa respuesta suya y recuérdemela cuando yo se lo diga. Quizás entonces mi respuesta sea un tanto desconcertante, pero estoy seguro de que usted no se enfadará si la llamo embustera con toda la delicadeza que un hombre puede tener para con una mujer.

Y acompañó sus palabras con una expresiva mirada que tuvo la virtud de hacer enrojecer a una secretaria que se preciaba de ser dueña de sus reacciones, y obligarla a preguntarse hasta qué punto habían influido las noticias del general Kingston en el ánimo de su jefe para que éste le prodigara un recibimiento tan desacostumbrado como desusado.

- Le ruego me perdone si la he molestado, Betty -prosiguió Travers. Ahora será mejor que me arregle un poco antes de que lleguen las visitas. Le advierto que el termómetro del trabajo va a subir desde este momento y que todo lo anterior no significa nada.

- He traído una docena de lápices bien afilados -contestó ella brevemente.

El general Kingston y el profesor Allyson llega-ron juntos. Alan Morley llegó poco después, bromeó como de costumbre con la muchacha y saludó efusivamente al general que le presentaba al profesor. Era Morley, por su aspecto, la antítesis de un delineante y la

representación viva de un buen delantero centro de «rugby». Grueso y corpulento, atlético, de cara despierta y expresión noble, resultaba difícil imaginarlo entre los tiralíneas, lapiceros y plumillas que constituían, además de sus puños, sus armas más poderosas, manejadas por aquellas enormes manos con una delicadeza insospechada. Abrió asombrado los ojos cuando Kingston manifestó que eran necesarias distintas reformas en el proyecto.

- ¡No siga! -exclamó-. ¡Si tengo que dibujar nuevamente esos planos, prefiero dimitir ahora! Desde hace unos meses desconozco lo que es dormir más de cuatro horas seguidas y no estoy dispuesto a continuar de la misma forma.

- No me dejarás en la estacada, ¿verdad, Alan? -dijo Travers-. Además, no hace falta que los rectifiques todos. El profesor Allyson te dirá qué es lo que quiere; atiéndele como si fuera yo mismo.

Con la correspondencia llegó un telegrama de Paul Anderson notificando su inmediato regreso y dando cuenta de que las operaciones iban por buen camino. Aquello pareció espolearles a todos en el trabajo; Travers dictó una serie de nuevas disposiciones que Betty hubo de anotar para traducirlas luego juntamente con lo que el general escribiera la noche antes. Allyson y Alan hablaban junto al tablero de dibujo del segundo mientras el muchacho, con pulso firme, iba esbozando sobre papel las ideas que el otro le daba, y durante unos momentos reinó en el despacho una febril actividad interrumpida tan sólo por aviso telefónico de que el desayuno estaba dispuesto en la mesa de costumbre.

- Diga que lo suban aquí, Betty -dijo el ingeniero-. Y adviértales que tenemos dos invitados con nosotros. ¿Tiene apetito, general?

- Mi apetito se refiere solamente al cohete, Harry. En cuanto lo vea terminado será otra cosa.

Hubo unas palabras sarcásticas de Alan acerca del trabajo, una risa contenida de Beatriz Patterson advirtiendo el enojo del delineante y de nuevo un profundo silencio roto tan sólo por el chasquido de las primeras gotas que comenzaban a entrar por la abierta ventana del despacho.

- Hermoso día -murmuró la muchacha-. Muy a tono con las ilusiones de todos.

* * *

Huía la luz perdiéndose entre las sombras del crepúsculo, batallando en su vano empeño por abatir la oscuridad sobre la extensa llanura del Platte, en Nebraska, sembrada ahora por un amontonamiento de barracones, cobertizos y tiendas de campaña, potentemente iluminada con profusión de reflectores instalados sobre torres metálicas, repleta de maquinarias, grúas, embalajes de madera

revueltos con vigas y planchas metálicas, surcada por el ajetreo de los camiones que cruzaban en todas direcciones, estremecida por los pitidos agudos de las locomotoras que incesantemente llegaban o partían, y presidida a lo lejos por las nubes de humo, el resplandor incandescente y las masas de chispas de los crisoles y hornos de las factorías siderúrgicas de la «Betlehem Steel Corporation», que desde sus instalaciones de Fort Kearney semejó siempre el motor, el corazón mecánico que animó los movimientos y trabajos que hasta la víspera marcaron con su actividad la extensa y solitaria llanura.

De un día para otro todo había cambiado por completo y donde antes hubiera espesas masas de obreros atareados solo quedaba ahora soledad, silencio donde antes imperaba el concierto estruendoso y múltiple de las maquinarias, y aplausos y exclamaciones de júbilo en lugar de las instrucciones, llamadas y órdenes que constantemente hacían vibrar los altavoces. La muchedumbre celebraba con una comida ofrecida por la «Betlehem», el feliz término de los trabajos comenzados casi ocho meses antes y en los que intervinieron 750 hombres repartidos en tres turnos diarios. Las ovaciones denotaban que la comida terminaba en aquellos momentos, que había pasado también la hora de los brindis, todos breves y emocionados, y que se acercaba el instante en que la gran aventura iba a comenzar.

Desapareció el último rayo de sol, pero la noche quedó derrotada por el resplandor de aquellos centenares de lámparas que formaban un día artificial que llenaba todos los rincones y que permitió distinguir la silueta de un hombre que, abandonando el pabellón reservado a los ingenieros, cruzaba rápido ante el grupo que pugnaba por saludarle y estrechar su mano y se dirigía hacia el lugar en donde estaban aparcados los automóviles, partiendo en uno de ellos sobre la pista asfaltada que se perdía a lo lejos.

Desde dos millas más lejos vino a su encuentro el reflejo de unos focos sobre la estilizada figura de una aeronave, de un gigantesco cohete que descansaba ya sobre su rampa de lanzamiento esperando tan sólo el poderoso impulso que le arrojaría al espacio. Desde aquella distancia, el brillo plateado que se desprendía de la aeronave justificaba con creces el nombre de *Silver Star* (1) con que fuera bautizado aquella misma mañana en solemne ceremonia, y que ahora era a modo de una nueva lámpara, un gigantesco reflector que captara sobre él todos los destellos para lanzarlos a su vez como una masa incandescente de inconmensurable potencia. Dos guardianes armados de rifles dejaron paso libre al hombre que, después de abandonar el automóvil, franqueaba con elástico paso la valla metálica que encerraba la rampa de lanzamiento, el cohete y una construcción achaparrada medio hundida en la tierra. Hubo murmullos contenidos

al reconocerle y hasta sus oídos llegaron las voces respetuosas de los vigilantes:

(1) Estrella de Plata.

- Ese es Harry Travers, el ingeniero que ha construido la aeronave cohete.

Sonrió Harry al acercarse al *Silver Star* y su mirada se tornó tan resplandeciente como la misma nave. Estaba frente a su obra y su corazón se henchía de orgullo al contemplar aquel cuerpo fusiforme de doscientos metros de longitud apuntando al espacio desde las abrazaderas de su cuna de lanzamiento. De su escotilla inferior, abierta, brotaba un reflejo rojizo y llegaba hasta él el rumor de las herramientas que golpeaban y rechinaban ajustando los últimos remaches. Todo aquel conjunto componía el *Silver Star*, un huso semejante a un torpedo naval rematado en su popa por la enorme aleta vertical del timón de dirección y los grandes planos triangulares que, partiendo de la línea media del fuselaje, se desplegaban en flecha hacia atrás dejando asomar por su borde posterior las aberturas circulares de los motores auxiliares. A proa centelleaban los cristales de la cabina, un pequeño aposento convertido en reducto acorazado, de presión constante y aire acondicionado, separado del exterior por dobles cristales de cuatro pulgadas de grueso con un espacio entre ellos en el cual se había hecho el vacío y cuya composición química y color azulado impedía el paso de los rayos cósmicos, los mortales enemigos de las grandes alturas. Allí adentro se habían instalado todos los aparatos astronómicos de la expedición incluyendo un telescopio electrónico que formaba una sola pieza con la cabina, girando con ella en todas direcciones bajo el impulso de un motor eléctrico al igual que la ametralladora de una «Fortaleza Volante».

Dentro de la aeronave se había aprovechado al máximo el espacio que daban sus dieciséis metros de diámetro mayor, emplazando la cabina de dirección y sala de control, separada del resto por una compuerta estanca, y en donde se amontonaban los instrumentos de navegación sidérea, mecanismos de vuelo, radio, radar y televisión, tablero de mandos para la puesta en marcha de los motores por control remoto y centenares de esferas indicadoras, conmutadores, llaves, bombas para el oxígeno y la presión higrométrica, contactos telefónicos, kilómetros de cable eléctrico y tuberías, transmisores, pantallas auxiliares... A partir del tabique trasero de este departamento el *Silver Star* se subdividía en dos pisos; el superior tenía en su centro un pasillo de dos metros de anchura que dejaba a ambos lados los alojamientos de la tripulación, comedor, cocina, arsenal, botiquín, almacenes, servicios y aberturas de emergencia con cámaras neumáticas. En el inferior se había dispuesto espacio para depósitos auxiliares de materias radioactivas,

debidamente aislados para prevenir la acción de los mortales e invisibles rayos «gamma», amplia sala capaz para dos helicópteros y un par de automóviles ligeros de tipo «jeep», taller de reparaciones, almacenes de combustible líquido para los vehículos aéreos y terrestres, depósito de repuestos y herramientas y compartimientos estancos para la entrada y salida de la aeronave.

- El *Silver Star* -murmuró Harry-. ¡Y ha sido tan rápido!

- ¿Quién anda ahí? -preguntó una voz desde la abierta escotilla.

- Soy Harry, Paul; no te preocupes -repuso el ingeniero al tiempo que el rostro del físico nuclear Paul Anderson aparecía-. He querido darle un vistazo a nuestra nave antes de que lleguen todos.

Rápido había sido, ciertamente, el proceso de construcción de aquel gigantesco cohete mediante el esfuerzo poderoso de una industria como la norteamericana, que había repetido en menor escala la gesta grandiosa de la guerra mundial. Parecía ayer todavía el momento en que el general Kingston y el profesor Allyson regresaron de Washington, que el mismo Paul Anderson afirmara que tenía listo el reactor nuclear que había de instalarse a bordo. Luego fue todo más rápido aún; el Congreso votó un crédito extraordinario de mil millones de dólares destinado a la construcción de «una aeronave sideral capaz de salvar la distancia entre la Tierra y Marte»; se constituyó una empresa comercial para administrar el crédito bajo la supervisión de la Comisión Militar del Pentágono, se aceptó la sugerencia de que fuese la «Betlehem Steel» quien se encargara del proceso de fabricación de piezas y, conseguidas las plantillas y los planos accesorios, comenzaron a llegar convoyes de camiones, y enormes trenes transportando toneladas y toneladas de «tyrium» cayeron en las fauces insaciables de los crisoles derritiéndose en sus entrañas hasta convertirse en un mar candente. Moldes, desbastadoras y laminadoras lo convirtieron en planchas; sopletes y sierras eléctricas trazaron sobre ellas sus surcos dentados; martillos-pilón las golpearon moldeando las piezas según el diseño de las plantillas; fresadoras, taladros, pulidoras.... toda la extensa gama de maquinaria moderna trabajó incansable para dar cima a la tarea encomendada. Luego vino la instalación del reactor atómico, la pila nuclear y los accesorios necesarios para prevenir accidentes y obtener la seguridad de los tripulantes que más tarde surcarían con ella las distancias infinitas del espacio. Y ahora, desde casi su mitad hasta el negro orificio de popa que daba salida al escape del reactor principal, la panza del *Silver Star* estaba ocupado por un cilindro terminado por una envoltura cónica, dividido todo en compartimientos de forma cúbica que contenían la mezcla de grafito y uranio; unos, los aparatos herméticamente aislados contra las radiaciones y el aire que

habían de impedir con su refrigeración la explosión prematura de los neutrones; los siguientes, los acumuladores de neutrones producidos por la desintegración del plutonio quien a la vez se originaba por la del uranio; y, por último, los centros vitales del sistema propulsor que comprendían los aprovisionadores de plutonio como combustible para el despegue y el aterrizaje de la aeronave, una especie de carburador gigantesco para regular la adhesión del plutonio al cohete, y los mandos de seguridad para impedir que una explosión prematura del plutonio desintegrara la aeronave entera.

Esa fue la tarea de Paul Anderson, el hombre que ahora estaba dando los últimos toques a sus aparatos, otro cerebro creador que al igual que Travers lo había dedicado todo al trabajo y al éxito. Como ellos dos, laboraron todos; el general Kingston, el profesor Allyson, el catedrático de astronomía Richard Daniels, asesor científico de la expedición llegado de Atlanta para ponerse a las órdenes de Travers; el mismo Alan Morley, lleno de reniegos y falsos enojos durante toda la apresurada época de preparación de plantillas y planos; la incansable Beatriz Patterson...

- Betty -murmuró entusiasmado Harry al pasar revista a todos sus colaboradores-. ¿Dónde se habrá metido esta muchacha?

Escuchó el chirriar de unos frenos a corta distancia y poco después Alan Morley se le acercaba con paso rápido.

- No he podido encontrarla, jefe -le dijo-, y cuando volvía hacia aquí se me ocurrió pensar si el enviarme en busca de Betty no seria un pretexto para dejarme en tierra. ¿Me he equivocado?

- ¡Caramba, Alan! Después de escuchar tus reniegos durante todo este tiempo llegué a pensar que no ibas a venir con nosotros.

- ¿Después de consumir mi cerebro y mis energías en aquellos malditos planos? Ni soñarlo, jefe. Bastante cándido he sido al ir hasta Kearney para buscar a tu secretaria. Si no se me ocurre volver a toda velocidad...

- Ya ves que te ha sobrado tiempo, Alan. Es raro que Betty no estuviera allí -agregó ensimismado.

Tornaron hacia los coches y cada uno ocupó el suyo.

- Acelera para llegar antes que yo -dijo Alan- y prepárate para contestar a una serie de preguntas a cual más interesante. ¿Te das cuenta de que salgo para Marte dentro de unas horas y no sé nada de aquel planeta, ni casi tampoco del *Silver Star* pese a haberlo planeado contigo?

- Dirígete entonces al profesor Allyson. Culpa tuya ha sido si durante este tiempo sólo te preocupaste de dormir.

De vuelta al campamento permanente entraron en el alojamiento de los ingenieros en donde estaban reunidos los tripulantes de la aeronave. Ninguna comisión oficial les despediría

pese a que la empresa estaba sufragada por el gobierno; para todos constaba que era una empresa particular la constructora de aquella nave y hasta los mismos obreros que durante ocho meses laboraran en ella estaban convencidos de haber terminado el más gigantesco aparato supersónico de todos los tiempos. Nada sabían de la potencia de sus motores, la fantástica autonomía del cohete ni los ingenios encerrados en su casco. Las piezas vitales de sus mecanismos fueron instaladas por Harry y su equipo de técnicos, y ningún reportero pudo hacer acto de presencia durante la duración de las obras, alejado al igual que los curiosos por una guardia especial.

Repasando los últimos datos o firmando las postreras instrucciones, un grupo de hombres ocupaba el alojamiento de Harry. Entre ellos destacaba la figura alta y desgarbada del profesor Allyson y la eficiente y autoritaria de Richard Daniels, astrónomo y asesor científico de la expedición, sentado a la misma mesa que el matemático y abstraído en la lectura de un grueso volumen del cual extraía abundantes notas. Ninguno de los dos Se apercibió de la llegada de Harry y Alan.

- Hola, muchacho -le saludaron-. ¿Todo en orden?

- Por completo, general Kingston. Nada hay que altere nuestra salida, a no ser que Alan se arrepienta en el último instante. Por ahora podemos contarle entre los nuestros.

- ¿Arrepentirme yo? -Se sulfuró el delineante-. Espera a que te aturda con mis conocimientos sobre Marte una vez que el profesor Allyson me los explique.

El resto del grupo estaba compuesto por el capitán Charles Somerville, también de las Fuerzas Aéreas, que les acompañaba como navegante aéreo y especialista en radar; el sargento Randolph Morris, mecánico motorista, profesor auxiliar de la Escuela de Reactores de Oakland; el capitán de navío James K. Hurbult, como representante de la Armada, técnico eficiente y compañero del capitán Rickower en la realización del primer submarino atómico que se construía en Grotton, Conectticutt; el mismo Paul Anderson, que había llegado instantes después que Harry Travers y Alan Morley, y los mecánicos auxiliares Finnegan y Kelly, que no podían ocultar su entusiasmo ante la inminencia de la marcha.

Quedaba por último el médico cirujano Ralph Hunter, del Ejército de Tierra, a cuyos cuidados se habían encomendado las vidas de boda la tripulación y que se afanaba molestando a unos y a otros tratando de completar los historiales clínicos con los datos que le faltaban.

Harry se sacudió a Morley que pretendía le explicase algo acerca de los preliminares del vuelo, y el delineante se acercó al profesor Allyson con una pregunta:

- Dispénseme, profesor. ¿Podría dedicarme unos minutos?

El astrónomo le miró por encima de las gafas y repuso con voz de trueno:

- Joven, en estos instantes cada minuto vale para mí tanto como para usted un día. Déjeme en paz; dentro de cuatro horas podré dedicarle cuanto tiempo desee.

- Soy la oveja negra de la dotación -barbotó Alan con aire resentido-. Sólo me faltaba este desaire.

Se asombró al percatarse de que nadie le prestaba la menor atención. Harry estaba escribiendo una carta de despedida después de inquirir sin resultado alguno el paradero de Beatriz Patterson y lanzar algunas palabras malsonantes por su fracaso. A los dos científicos se había unido el físico nuclear Anderson en demanda de unos cálculos y la discusión entre ellos parecía adivinarse por momentos. Somerville y Morris tomaban abundantes notas en sus cuadernos y repasaban unos manuales con agitación febril. El capitán de navío Hurbult se sometía a las exigencias del doctor que le tomaba la presión arterial, y los más nerviosos y excitados, los que más susto reflejaban en sus semblantes eran los cuatro hombres encargados de realizar las operaciones previas para el despegue
desde la casamata soterrada en el suelo.

Alan pasó al almacén y rebuscó entre los trajes de vuelo hasta encontrar uno que se aviniera con su grosor y estatura. Las horas que faltaban para la salida se le hicieron interminables, y hasta casi se sintió asustado cuando Allyson les reunió a todos, cuarenta y cinco minutos antes de la hora.

- Sólo quiero hacerles una advertencia -dijo-. Tanto el señor Travers como yo mismo respondemos absolutamente de las condiciones del *Silver Star* y sus cualidades de vuelo. Igualmente es factible la salida y la consecución de velocidades elevadas sin que nuestros organismos experimenten más alteración ni trastorno que un ligero desvanecimiento, muy corto y sin riesgo alguno como les habrá dicho el doctor Hunter. Ya comprendo que todos ustedes estarán convencidos de la verdad de cuanto les digo y que interiormente me estarán tachando de pesado. No importa; lo repito una vez más para ver si de esta forma consigo alejar de ustedes la inquietud que puedan sentir y... para, al mismo tiempo, librarme del temor que me invade.

Rieron todos y Alan más fuerte que ninguno. Fue el delineante el único que se atrevió a hablar:

- Leí hace poco la obra de Julio Verne referente a su viaje a la Luna, profesor. ¿También nosotros entraremos en esa zona en donde desaparece la fuerza de gravedad? Quiero decir si también nosotros flotaremos por el interior del *Silver Star* como globos en un día de feria.

- Aunque el símil no sea muy exacto, puedo asegurarle que así sucederá, Morley -repuso el profesor.

- Me cuesta creerlo, profesor Allyson. Tenga en cuenta que peso ciento setenta libras.

- Si consigo colocarle a usted en la superficie de cualquier planetillo cercano a Marte, se asombrará de poder levantar una locomotora con una sola imano, muchacho -terció Daniels, el astrónomo-. Siempre, claro está, que pueda encontrarla allí y que sea semejante en volumen y peso a las empleadas por nosotros en la Tierra.

Al oír aquello ya no osó aventurarse más Alan Morley en discusiones científicas. No es que fuera incapaz de comprenderlas y hasta sustentarlas, pero a él, que jamás le preocupó otra cosa que los lapiceros y los planos y ejercitar sus puños con el boxeo, le parecía encontrarse como un pez fuera del agua entre aquellos hombres de ciencia que podían apabullarle con una semilla explicación.

Cuando llegó el momento de partir, las cinco horas y veinticinco minutos de la madrugada del que prometía ser un caluroso día de agosto de 1952, el grupo entero se acomodó buenamente en los dos relucientes jeeps estacionados frente al alojamiento. Nadie acudía a despedirles ni tampoco ninguno de los obreros o técnicos de la «Betlehem» estaban allí para acompañarles. Sin más estridencias que el sonido de los motores, los dos vehículos se internaron por la carretera en dirección a la aeronave y junto a la cerca metálica que la rodeaba se cruzaron con el autocar que se llevaba a la guardia. Nadie, excepto los cuatro hombres que ya estaban encerrados en la casamata de cemento, estaría a menos de cinco millas del lugar de despegue.

Los dos jeeps ascendieron raudos la rampa que formaba la puerta inclinada de la escotilla de carga. Minutos más tarde se escuchaba el zumbar de un motor, y la gruesa placa metálica se fue elevando lentamente hasta ajustarse hermética al contorno de su abertura. Se adivinó la presencia de los tripulantes en la cabina cuando las luces iluminaron los cristales de la cúpula astronómica y el zumbar de la radio advirtió al equipo de la casamata que el momento final había llegado.

Con mano temblorosa, uno de aquellos hombres conectó el mecanismo automático que provocaría el encendido de los motores de que estaba provista la cuna sobre la cual descansaba el cohete y que juntamente con él emprendería la ascensión, impulsándole con fuerza, para desprenderse después. Un reloj eléctrico batió inexorable la cuenta del tiempo, y la voz emocionada y trémula de uno de los auxiliares fue cantando los segundos:

- Cinco... cuatro... tres... dos... uno... ¡cero!...

CAPITULO III
POLIZON A BORDO

A buen seguro que los pensamientos de Harry Travers, en el momento de introducirse en la aeronave, habrían sorprendido a sus compañeros si hubiesen llegado a conocerlos. Mientras recorría a grandes zancadas el piso metálico del amplio almacén inferior en donde ya estaban convenientemente amarrados los dos helicópteros y en donde los mecánicos procedían a sujetar los jeeps, estaba considerando la extraña ausencia de Beatriz Patterson y los vanos esfuerzos que todos hicieran para encontrarla. Hubo un momento en que una sonrisa traviesa surcó los labios del ingeniero al obtener una consecuencia lógica de sus suposiciones, pero se contuvo sin pronunciar palabra y siguió los pasos del profesor Allyson, trepando con él por la escalerilla y surcando el pasillo a los lados del cual se abrían las puertas de los alojamientos individuales.

Llegados a la cabina de mando, Harry encendió las luces del tablero de mandos, se aposentó en su sillón giratorio y extensible mientras Allyson hacía lo mismo con el asiento gemelo al suyo, y conectó la enorme pantalla de televisión que formaba el panel delantero del aposento, dejando a ambos lados las aberturas redondas y de cierre hermético que daban paso a la cúpula astronómica de la proa. Mister Daniels, el astrónomo, tuvo un gesto animoso para los expedicionarios al introducirse en su cubil; todos ocuparon sus puestos respectivos después de aislarse del resto de la aeronave por medio de la compuerta de presión, y Travers volvió a la realidad cuando la televisión le dio la imagen de los cuatro auxiliares encerrados en la casamata, listos para iniciar las maniobras de lanzamiento al espacio. Una luz roja se encendió en el cuadro general al conectarse la radio, y Harry ordenó por el micrófono:

- ¡Atención, torre de disparo; estamos preparados para partir!

Rápidamente y mientras en tierra se ponía en marcha el mecanismo automático, se amarraron a sus asientos apoyando la espalda contra el tapizado de caucho espumoso que los cubría. Las manos de Harry fueron hacia los botones de puesta en marcha del doble reloj eléctrico sincronizado con la casamata y una de sus esferas graduadas comenzó a batir los segundos cuya cuenta les llegaba a través de un altavoz:

- ¡Cinco... cuatro... tres... dos... uno...! ¡Cero!

Un potente estremecimiento conmovió a la aeronave mientras allá afuera se escuchaba un aterrador rugido. Los cuatro motores auxiliares emplazados en las alas se pusieron en movimiento al mismo tiempo que una lengua de fuego empujaba a la cuna de lanzamiento y el cohete colocado sobre ella, deslizándose sobre la

rampa apuntada al cielo, aumentando su velocidad con el paso de los segundos, devorando la milla y cuarto de longitud de la rampa y lanzándose, por fin, al espacio dejando atrás la nube de humo y polvo blanquecino que lentamente descendía hasta el suelo. En la cabina, los tripulantes sintieron el efecto de una fuerza poderosa que tiraba de ellos hacia atrás incrustándoles materialmente contra la alfombrilla de caucho de sus asientos. Sus pulmones semejaron empequeñecerse, negarse a aspirar el oxígeno de la cabina, desaparecer en el interior de sus cuerpos obligándoles a abrir desmesuradamente la boca en busca de aire. Sus cerebros se negaban a pensar y la sangre gravitaba pesadamente sobre venas y arterias mientras los latidos del corazón se multiplicaban. Llegó un momento en que, vidriados los ojos, ávida la boca y ausentes de todo en sus pensamientos, sintieron las primeras náuseas y convulsiones del estómago mientras aquella terrible fuerza se centuplicaba por segundos y en sus oídos nacía una extraña vibración compuesta por millares y millares de zumbidos estridentes. Aquellos síntomas que a todos semejaron espantosamente largos se sucedieron en una pequeñísima fracción de tiempo y todos se sumieron en el pronosticado desvanecimiento con la sensación interna de que aquellos eran los últimos instantes de su vida...

* * *

- ¡Mil diablos! ¡Creí que me salía por el respaldo del asiento!

La voz potente de Alan Morley, sonando fuerte en la cabina, despertó las primeras sonrisas entre los tripulantes, que se miraban entre sí con aire asombrado y gestos de estupor. Les parecía un sueño, no ya precisamente el hallarse surcando el espacio a la tremenda velocidad que señalaban los indicadores, sino también saberse vivos y sin ninguna merma en sus facultades después de la terrible presión que experimentaron sus organismos y en la cual intervino por partes casi iguales la inercia y la aceleración de la velocidad.

La primera mirada de todos fue para la pantalla de televisión colocada ante ellos. Hubo una exclamación general al distinguir la superficie de la Tierra recortándose sobre el fondo negro del cielo, la mancha rojiza de su corteza y las líneas orográficas de sus accidentes limitadas en el horizonte por una línea sensiblemente curva tras la cual asomaban los puntos luminosos de las estrellas. Pero lo menos importante, con serlo tanto, fue la visión de la Tierra que semejaba empequeñecerse a ojos vistas; uno a uno, soltando los atalajes de lona que les ligaban a sus asientos, sin que mediara ninguna orden y llevados todos del mismo impulso, los tripulantes se unieron a Travers y al profesor Allyson junto al tablero de mandos contemplando

fascinados el giro veloz de las agujas del cuentavelocidades.

Nadie hablaba y hasta parecía escucharse el latido de sus corazones. Alguien, Alan Morley precisamente, no pudo aguantarse más y rompió el silencio con su vozarrón potente:

- ¡Lo estamos consiguiendo! -exclamó-. ¡Lo estamos consiguiendo, Harry!

Ninguno le hizo el menor caso, pero unos minutos más tarde era el mismo Allyson quien gritaba con acento triunfal:

- ¡11.180 metros por segundo!

Sobre el compacto grupo de la tripulación vinieron a posarse sus ojillos vivarachos, centelleantes de satisfacción tras los gruesos cristales de sus gafas, al agregar con tono solemne:

- Caballeros: Volamos libres de la atracción de la Tierra después de alcanzar la «velocidad de fuga» y la navegación sidérea es un hecho. Nuestro *Silver Star* acaba de ganar la primera batalla.

Se desató la euforia entre los hombres que llenaban la cabina. Militares, mecánicos y científicos perdieron la seriedad y las conveniencias ante la noticia del triunfo, pero su grito de júbilo no llegó a brotar de sus gargantas, cortado por la actitud de Harry Travers, enojado por aquella invasión:

- ¡Por cien mil pares de demonios! -rugió colérico-. ¿Qué significa esto, una deserción en masa? Nadie ante el radar, ni tampoco en la radio y el control de reactores y máquinas auxiliares. ¿Es que se han figurado que les enrolé como turistas? ¡Cáspita, general Kingston! -agregó-. Bien pudo dar el ejemplo permaneciendo en su puesto.

Nadie se enojó por la repulsa tan humildemente aceptada y fue el general quien se convirtió en portavoz de todos para darle una explicación.

- No te enfades, Harry -sonrió-, pero la curiosidad pudo tanto en mí como en los demás; pero la culpa es del profesor Allyson y sus condenadas explicaciones. Además, no todos los días puede verse un cuentavelocidades que marque lo que éste ni puede verse la Tierra en la forma que la estamos contemplando. Pero en fin, una vez visto me vuelvo a mi radio si eso es lo que deseas.

- Dispénsenme todos a mí -rogó Travers-. Ha sido una jugarreta de los nervios excitados.

Hubo gestos comprensivos en todos los rostros y el general inició el desfile seguido por sus compañeros que tornaban a ocupar sus puestos en la cabina. Kingston se encasquetó los auriculares, Somerville y Hurbult le imitaron ante la pantalla de radar, Anderson y los dos mecánicos auxiliares se situaron ante el control de reactores listos para cumplimentar cualquier orden del comandante, y el inquieto Alan se acercó al sargento Morris en demanda de una explicación que

consumía su impaciencia desde hacía mucho antes.

- Escuche, Morris - le dijo-. ¿Cómo puede explicarse la potencia propulsora de nuestros reactores?

- Es bastante fácil -repuso aquél- si se tiene en cuenta que en todo cohete, la combustión a presión elevada de una mezcla propulsora cuyos gases se dirigen hacia atrás, ejerce hacia adelante una fuerza impulsora igual al volumen de la cantidad de gases expulsados en un segundo multiplicado por su velocidad de salida.

Alan abrió unos ojos como platos, miro atónito el profesor auxiliar de Oakland y tragó saliva sin pronunciar una palabra.

- Se lo diré mejor con un ejemplo -agregó aquél divertido ante la expresión de Morley-. Imagínese un cohete de 250 kilos de peso cuya propulsión se obtiene con 20 kilos de pólvora negra. Imagínese también que en cada segundo se consumen 10 kilos de pólvora, cuyos gases son expulsados hacia atrás a una velocidad de 250 metros por segundo. De esta forma obtendremos una impulsión hacia adelante de 2.500 kilos, es decir, una aceleración diez veces superior al peso del cohete, que a los dos segundos de tiempo nos proporcionará una velocidad de 200 metros por segundo. Todo ello sin contar, claro está, la fuerza de gravedad ni la disminución del peso que en total representa el consumo de 20 kilos de pólvora. ¿Comprendido, Morley?

- ¿Usted que cree, amigo? -explotó el delineante-. Prefiero que no me explique nada más y que vuelva locos a los demás antes de tomarla conmigo.

Y se alejó enfurruñado para ocupar un taburete metálico al lado de los encargados del radar, sin dejar del proferir palabras masculladas contra el galimatías de la explicación que Morris acababa de darle.

- Adelante, Harry -habló el profesor-. Ahora ya no dependemos de nosotros mismos sino de nuestra decisión de continuar.

- Oiga, Somerville -llamó el ingeniero como respuesta-. Compruebe el rumbo.

- Rumbo conforme, comandante -dijo el otro después de un breve silencio-. Directos hacia Marte... por el camino más corto y despejado -añadió con su jocosidad habitual.

La aeronave que abandonara la Tierra siguiendo una trayectoria sensiblemente vertical, seguía ahora un rumbo que se ceñía a la curvatura del planeta de origen sin abandonar un momento su marcha ascensional. Cada vez era más completa la visión de la redondez de la Tierra y el cambio de posición de los continentes, perfectamente visibles como en un mapa en relieve, les indicaba el camino que estaban recorriendo en torno a ella, circunvalándola para alcanzar una altura determinada y fija que les convertiría en satélite

artificial antes de dar el siguiente paso en la navegación sidérea que habían comenzado. Aquella hermosa esfera que llegaba hasta ellos a través de la pantalla televisora, cobraba por momentos una terrible importancia en las mentes de todos los tripulantes que frecuentemente clavaban la vista en ella. Habían salido, emprendieron el viaje que tanto deseaban, pero... ¿conseguirían regresar de nuevo?... ¿Serían capaces de enfrentarse con éxito a todos los riesgos y desconocidos peligros que les acechaban desde la negrura de aquella noche eterna que les envolvía?

- ¿Pensativo, Harry, estando rodeado de tantas maravillas?

La voz del profesor Allyson, sonando a su lado, sobresalto al ingeniero que se volvió a mirarle.

- Pensativo, no, profesor. Si acaso un poco asustado del alcance de nuestra obra.

- Un poco tarde es para arrepentirse, muchacho. Considere que a esta obra ha dedicado usted la mayor parte de sus esfuerzos y su vida.

- No lo niego, pero ¿qué nuevos horizontes abrimos a la Humanidad con nuestro viaje, profesor? Además del interés puramente científico de la travesía, de las maravillas que podremos pronosticar a nuestro regreso, el adelanto y el progreso, todo hipócrita manto con que se encubren los verdaderos propósitos, además también de nuestra propia satisfacción por el triunfo, lo que intentamos en realidad es estudiar las condiciones de defensa y ataque en caso de una nueva guerra; vamos a ensayar nuevas armas, avanzar un paso decisivo en el estudio de los rayos cósmicos, crear, en fin, nuevos ingenios que tal vez arrastren a la desolación y a la muerte a millones de seres que todavía viven confiados en hallar una existencia feliz y despreocupada.

- Esa es la esencia de la guerra, muchacho -repuso Allyson-. En ella se da el paradójico caso de una destrucción que construye y de un aniquilamiento que crea. Gracias a la guerra tenemos la pólvora, los cañones y los tanques, los gases deletéreos y los microbios malignos. La guerra nos ha dado el radar, los motores a reacción, la energía atómica, por no citar más ejemplos, y ha contribuido poderosamente al avance de las ciencias y de la civilización, mal que nos pese.

- Es cierto -cortó Travers-, pero no lo es menos que esos mismos descubrimientos hubieran llegado a poseerse sin su mediación.

- Desde luego, muchacho -admitió el profesor-. Pero la guerra apresuró su realización, ávida de emplearlos en nuevas destrucciones. Por eso dije antes que hay un aniquilamiento que construye... pero es para precipitarse en un círculo vicioso de nuevas

destrucciones.

- ¿Y no va a suceder ahora lo mismo?

- Es lo más posible que así ocurra, Harry; pero también es ley de vida que mientras exista el género humano haya entre él semillas de discordia. En cierto modo es una confirmación de la teoría de «devorar para no ser devorados»... ¿O es que cree que somos los únicos en ocuparnos en cosas del espacio y de los astros?

- Desde luego que no, pero si los primeros en conseguir ese propósito.

- Razón de más para aprovecharnos de nuestra ventaja. En el futuro -añadió abarcando con un ademán la infinita amplitud que la pantalla de televisión lanzaba contra ellos-, éstos serán los campos de batalla al defendernos de las agresiones del enemigo, sea éste terrestre o procedente de cualquier otro planeta. Si cuando esa circunstancia se produzca nos encuentra preparados, si nuestro adelanto es tal que permite incluso obtener la victoria, entonces hemos de pensar que hicimos bien y que la Humanidad tiene motivos para agradecer nuestro experimento de ahora.

- Puede que tenga razón, profesor -repuso Harry para cerrar la conversación-, pero deseo fervientemente que se equivoque en su profecía respecto al futuro.

Un vistazo al altímetro les indicó que se hallaban a 1.730 kilómetros de altura y que la velocidad del *Silver Star* era inalterable; la aguja del cuentavelocidades señalaba 25.460 kilómetros por hora y permanecía como clavada sobre el indicador, sin desviarse siquiera un milímetro.

- Somos prácticamente un satélite artificial de la Tierra -anunció el profesor Daniels desde el observatorio-. Contemplen a la Tierra y se convencerán de nuestra terrible velocidad cuando la vean dar una vuelta completa sobre sí misma en dos horas de tiempo. En realidad somos nosotros quienes lo hacemos; nuestro planeta continúa empleando veinticuatro horas para completar el giro alrededor de su eje.

« - Atención, Paul -ordenó Harry-. Pare los motores auxiliares y compruebe su consumo de energía. Quiero también un repaso completo de todos los mecanismos antes de lanzarnos definitivamente a la exploración del éter.

* * *

Hasta entonces habían surcado el cielo mediante la impulsión exclusiva de los cuatro motores auxiliares emplazados en las alas de la aeronave, consumiendo la energía almacenada para ellos y dedicada tan sólo para las maniobras de despegue y aterrizaje, tanto de la Tierra como del planeta adonde pensaban dirigirse. El reactor

principal que ocupaba la panza del *Silver Star* permaneció inactivo y, llegado el momento de su puesta en marcha, los mecánicos revisaban todos los aparatos y mecanismos de control para asegurarse de que ninguna avería o fallo decisivo iba a afectarles cuando más necesarios se hacían. Finnegan y Kelly, acompañando a Paul Anderson y a Randolph Morris, gatearon por el túnel que atravesaba el interior de las alas, tomaron nota de la energía consumida y de las reservas acumuladas, inspeccionaron todo cuanto estuvo a su alcance y recorrieron las dependencias de la aeronave en una inspección metódica y obstinada.

- ¡Escuchen! -pidió Kelly-. ¿Qué es eso?

Percibieron entonces un golpeteo débil procedente del extremo del almacén de repuestos en donde ahora se encontraban y se miraron sorprendidos.

- Pronto lo sabremos -dijo Anderson-. Vamos allá.

Y lanzaron una nueva exclamación de sorpresa cuando al separar las enormes cajas de herramientas y material, al hacer a un lado los grandes paquetes que se soltaron de sus amarras en la fase inicial del vuelo y formaron un amontonamiento informe contra el tabique, distinguieron la figura. de una mujer, de rostro asustado y lleno de erosiones, con el traje en desorden y los cabellos alborotados, que les miraba desde el fondo de la especie de pozo formado por los objetos más heterogéneos.

- ¡Por favor! -Suplicó-. ¡He estado temiendo que nadie me escuchara!

- Pero... ¡Miss Patterson! -dijo Paul al reconocerla-. ¿Cómo diablos se las arreglo para esconderse ahí?

- Procure sacarme ahora, mister Anderson. Ya se lo explicaré más tarde.

La muchacha casi no podía andar, aguijoneadas las piernas por los alfilerazos de la fatiga y la posición forzada, y Anderson resolvió la cuestión tomándola en brazos y caminando con ella hacia la cabina seguido por el cortejo de los mecánicos que comentaban admirativamente la presencia de aquella mujer a bordo de una aeronave poblada sólo por hombres. Su llegada hasta donde estaban Harry y los restantes miembros de la tripulación, entregados aún al repaso e inspección de los instrumentos, causó un profundo asombro en todos aquellos que conocían a Beatriz Patterson. El general Kingston la miró atónito, preguntando:

- ¿Qué significa esto?

- Polizón a bordo, señor -repuso Anderson dejando a la muchacha sobre uno de los sillones extensibles-. Lo malo es que no podemos obligarla a desembarcar del *Silver Star*.

- No estoy muy seguro de ello -amonestó severamente el

general mientras Harry se acercaba.

- ¿Por qué lo hizo, Betty? -preguntó mientras en su rostro se reflejaba una expresión de alegría y júbilo que fue inmediatamente borrada para dar paso a otra de fingida severidad.

- Porque... porque... ¡Oh, no puedo contestarle ahora! -dijo ella volviendo el rostro para que no viesen sus ojos llenos de lágrimas-. ¡Me estoy muriendo de hambre y de fatiga!

- Venga conmigo, doctor -pidió Harry volviendo a tomar en brazos a la medio desvanecida Betty-. Miss Patterson será la primera en comprobar la magnífica preparación de nuestra enfermería. Ustedes -dijo a los demás- continúen la inspección y avísenme cuando estén listos.

- No es nada grave, Travers -dijo el médico después de reconocerla-. Solamente desmayo, susto y cansancio. Con una buena comida quedará como nueva.

- Bien, Beatriz Patterson, ¿quiere decirme ahora qué la impulsó a ocultarse en el *Silver Star* - preguntó malicioso el ingeniero.

Y la muchacha, que se preciaba de ser dueña de sus sentimientos y capaz de ocultar sus reacciones, no pudo evitar esta vez que el rubor invadiera su rostro y que dos lágrimas asomaran a sus ojos. Harry la contempló largamente, ponderando quizás por vez primera en muchos años sus muchos encantos, y no concedió importancia a su respuesta:

- ¡Oh; perdóneme! ¡Soy una tonta!

- Voy a decirle una cosa, Betty; la busqué por todas partes poco antes de emprender la marcha y hasta allá en la Tierra se ha quedado una carta que le dirigí. Solamente hubo un sitio en donde no se me ocurrió buscarla y ese fue la aeronave; por ello al subir a ella tuve la sensación, el presentimiento de que se hallaba a bordo.

Ella se incorporó de la camilla baja en que la depositara el doctor y miró a Travers con ojos de cólera y enojo.

- ¡Lo sabía usted o se lo imaginaba al menos! -dijo sarcástica-. Y sin embargo no se dignó molestarse en comprobarlo, a riesgo de que yo me rompiera una pierna... o la cabeza... o que tal vez...!

- No, Betty, no. Yo estaba seguro de que nada de ello ocurriría y de no ser porque la carga del almacén rompió unas amarras que se calcularon mal, a estas horas haría usted una entrada triunfal en la cabina de mando, disfrutando con la sorpresa que motivaba. Me dije que sería conveniente que padeciera un poquito, aunque ya comenzaba a alarmarme por su tardanza y a dudar que realmente estuviera a bordo; pero ahora considero justo lo que ha ocurrido, una por obligarme a jugar al escondite en la Tierra y otra por meter esa linda naricilla en un asunto que a todas luces no le interesaba.

El doctor tosió discretamente y anunció que iba a por los

alimentos que la joven necesitaba. Desde la puerta de la enfermería aún pudo escuchar que Betty decía:

- Harry Travers: es usted el ser más insoportable y odioso que jamás he conocido y yo...

Se alejó el médico barruntando la tormenta que se avecinaba y lo hizo discretamente para no entrometerse en asuntos que tampoco le importaban, con la agravante dé que su apéndice nasal no podía calificarse de «linda naricilla». Les dejó solos y se perdió un buen final porque el ingeniero atajó las reconvenciones de Betty con una frase desconcertante.

- Bobadas, miss Patterson. ¿O es que me cree tan tonto que no haya comprendido el motivo de su presencia a bordo?

Ella calló instantáneamente y tornó a enrojecer mientras trataba de encontrar una respuesta adecuada:

- No... no le comprendo, Señor Travers... Ya no soy una niña y...

- Precisamente por eso, Betty; no es caso ahora de andarse con rodeos. Debo confesar que he estado ciego, que he sido un estúpido por no comprender muchas cosas y que quizás haya llegado tarde al punto que deseaba alcanzar.

- Señor Travers, le ruego...

- Oyeme, Betty -prosiguió él iniciando un tuteo cariñoso-. Acepta la excusa de que mi trabajo no me dejaba darme cuenta de nada o casi nada y olvida todo lo demás. No he mentido al decirte que te busqué afanoso; hasta incluso envié a Morley hasta Kearney para encontrarte; pero cuando me convencí de la inutilidad de mis esfuerzos vertí en una carta todos mis sentimientos, todos mis anhelos de hombre enamorado...

- Seguramente añadiría también alguna fórmula o ecuación matemática para demostrar lo profundo de ese cariño -cortó ella sarcásticamente.

- Tal vez hubiera sido un buen sistema si la persona a quien iba dirigida se convenciera así de la sinceridad y firmeza de mis palabras. Dirigí la carta a cierta Beatriz Patterson, y sus tres o cuatro carillas pueden resumirse en muy poco.

- ¿Estoy obligada a creerle, Señor Travers?

- Te quiero, Betty.

- La broma ya ha durado bastante.

- Te quiero, Betty, y tú también me quieres.

- Necesito una...

- ¿Una demostración? Al instante. ¿Te basta ésta?

Y la bandeja estuvo a punto de caerse de las manos del doctor Hunter cuando desde el vano de la puerta contempló a Harry Travers y a Betty Patterson estrechamente abrazados y con los labios unidos

por un beso. Pero profundo conocedor de la naturaleza humana a través del desempeño de su profesión, dominó su sorpresa y lanzó un carraspeo que obligó a los enamorados a separarse precipitadamente, confuso él e intensamente arrebolada ella.

- ¡Ejem! -balbuceó Harry-. Le ruego, doctor, que, a ser posible, guarde usted para sí mismo los comentarios. La Señorita Patterson, Betty quiero decir, nos acompañará durante el resto del viaje y no deseo que...

Ralph Hunter miro a la muchacha con ademán risueño, contempló el brillo feliz de sus ojos negros y los brillantes parches rojos que arrebolaban sus mejillas, y le guiñó un ojo con ademán cómplice añadiendo prestamente:

- Le recuerdo, señorita Patterson, que debe usted comerse esto aunque no sé si su apetito será ahora el mismo de antes. En cuanto a lo otro... no se preocupen. Lo consideraré secreto profesional.

CAPITULO IV
LA EXPLOSION NUCLEAR

Harry, los profesores Allyson y Daniels, el general, Paul, el doctor Hunter, Somerville, Morris, el capitán Hurbult, Kelly, Finnegan y miss Betty. Menos mal -estaba diciendo Alan Morley. El interrumpió la cuenta que llevaba en los dedos para exclamar-: ¡No, rayos! He dejado de contarme yo mismo y por lo tanto somos trece a bordo del *Silver Star*.

Miró en torno suyo como si lo que acababa de descubrir tuviera mucha importancia y sus ojos se posaron especialmente en la figura de Beatriz Patterson, ahora vestida con uno de aquellos «monos» de asbesto y amianto que todos llevaban y que constituían una especie de uniforme entre la tripulación de la aeronave. Ella le sonrió graciosa sin imaginar el motivo de su enojo, y el delineante, con un estremecimiento supersticioso, se dirigió a su puesto para tomar parte en las maniobras que iban a efectuarse.

- ¡Aceleración! -Ordenó Harry Travers desde el sillón de pilotaje de la cabina.

Y la impulsión poderosa del reactor atómico se dejó sentir en toda la nave bajo la forma de un estremecimiento convulsivo que arrancó una nube de partículas a la pintura azulada de que estaba recubierto interiormente para aminorar el brillo plateado del «tyrium».

- He aquí otro dato para su informe, profesor Allyson -dijo el capitán de navío Hurbult al contemplarlo-. Debe crearse un tipo especial de pintura que se agarre perfectamente al «tyrium».

- Lo tendré en cuenta -gruñó el matemático atento a los indicadores que registraban la trepidación.

El contacto terrestre por radio, continuo desde que abandonaron la superficie del planeta, les trajo hasta ahora felicitaciones y mensajes de los altos mandos de la nación, de los observatorios astronómicos que seguían su trayectoria por el espacio y de todos los países del mundo interesados de buena fe en la hazaña que el reducido grupo intentaba realizar, conocida de ellos después de la sensacional noticia aparecida en la prensa norteamericana y relativa al vuelo de una aeronave de la que solamente se citaba el nombre de *Silver Star*, el producto más perfeccionado de la industria moderna. Esta vez las ondas etéreas llevaron hasta el cohete un mensaje cifrado del Alto Estado Mayor ordenando la realización de la primera prueba a efectuar con el «tyrium».

- Dispóngalo todo, general -dijo Harry después que le tradujeron el texto-. Estamos listos para lanzar a «T-1».

Además del armamento almacenado en el arsenal del cohete y que comprendía un buen número de ingenios bélicos con su correspondiente y abundante munición, lista para ser probada en la superficie de Marte, el *Silver Star* tenía en sus alas triangulares y formando parte de su borde de ataque, una batería de tubos lanzacohetes, seis en cada una de ellas. En diez de ellos se albergaban sendos proyectiles radiodirigidos modelo «WAC-Corporal», y los dos restantes eran «T-1» y «T-2», dos proyectiles semejantes externamente a los anteriores y compuestos por una envoltura de «tyrium» que encerraba una serie de delicados aparatos de detección, sondas, densímetros, registros de altitud y temperatura y contadores de rayos cósmicos, todo lo cual iba provisto de un aparato de seguridad que lo depositaria indemne sobre la superficie de la Tierra a donde estaba destinado. Se trataba primeramente de averiguar el grado de solidez del «tyrium» mediante el lanzamiento de una pequeña masa empujada por un impulso inicial y a cuya velocidad se añadiría por sí solo el incremento de la aceleración en su caída vertical. Si un meteorito de gigantescas proporciones llegó hasta la Tierra casi incólume, se deseaba saber ahora cuánto resistiría el choque con la atmósfera aquel torpedo de cuatro metros de longitud y que aplicaciones prácticas tendría aquel metal en las construcciones bélicas.

La expedición al éter era también un laboratorio experimental dotado de magníficas cualidades, que a lo largo de su ruta habría de obedecer muchas veces las indicaciones llegadas por radio desde la Tierra, contestar a sus preguntas ansiosas y proseguir al mismo tiempo su camino hacia Marte como resultado final de las experiencias.

- ¡Listo «T-1»! -anunció el general Kingston a un signo del capitán de navío Hurbult que tenía a su cargo la responsabilidad de

esta tarea.

- ¡T-1» fuera! -dijo el profesor Allyson oprimiendo un pulsador del tablero de mandos.

Ante la pantalla de televisión cruzó una estela blanquecina como único rastro del paso del cohete. La antena le enfocó plenamente permitiendo su visión constante y quince segundos más tarde, medidos por un reloj electrónico, el radiocontrol actuaba sobre los mecanismos de impulsión de «T-1» deteniendo su marcha después que el proyectil describió un ángulo recto en su trayectoria y apuntó hacia el disco verde-azulado la Tierra que aparecía por debajo de él.

- Operación terminada -dijo Hurbult contemplando la pantalla de radar que seguía el descenso del proyectil-. De «T-1» se encarga desde este momento la aceleración constante de la gravedad.

- ¿Y llegará a la Tierra? -le preguntó incrédulamente Morley.

- Sin duda alguna, muchacho -repuso el marino—. El o sus restos podrán ser recogidos dentro de...

- No, no... Me basta su palabra, capitán -cortó presuroso el delineante-. Randolph Morris me soltó no hace mucho tal rollo referente a los cohetes, que he quedado escarmentado con las cuestiones científicas para siempre.

Un piloto automático guiaba a la aeronave en su ruta hacia Marte y un reloj electrónico conectado a él detuvo la impulsión del reactor atómico cuando la velocidad adquirida fue la necesaria para avanzar por efecto de la propia inercia. Un corrector automático de rumbos le conduciría sin fallos hasta su destino, compensando la deriva que el movimiento de traslación de Marte originaba, y a los tripulantes no les quedaba más ocupación, aparte de anotar los experimentos y las pruebas realizadas, que redactar el diario de a bordo -a cargo del general Kingston y Betty Patterson-, turnarse en la guardia mientras los demás dormían, y charlar entre sí o escuchar las frases jocosas de Alan Morley, que trataba siempre de buscar el lado cómico de las cosas en un empeño constante de no aburrirse durante el curso de un viaje en el que sus ocupaciones eran escasas o nulas.

Pasó el tiempo insensiblemente. Alternaron sus ocupaciones con las comidas, los enlaces por radio con la Tierra, los descansos en las mullidas literas de los camarotes y la contemplación del recuadro negro de la pantalla televisora que les mostraba constantemente las maravillas del Cosmos y el centelleo brillante de las estrellas. Llegó un momento en que la imagen de la Tierra comenzó a esfumarse en la distancia para convertirse en un puntito luminoso escondido entre millones de semejantes. Los días se habían convertido en semanas y éstas en un mes, cuando un nuevo astro comenzó a ocupar una posición fija en la pantalla y el telescopio electrónico comenzó a

enviarles su imagen convenientemente agrandada.

- Eso es Marte, caballeros -anunció triunfalmente el profesor Daniels con emocionada voz-. Ese es el misterioso planeta hacia el cual nos dirigimos.

Unas jornadas más tarde la imagen del planeta Marte era captada por los expedicionarios del éter -siempre a través del telescopio electrónico- con un tamaño levemente mayor que el de la Luna contemplada desde la Tierra.

- Me desespera esa lejanía, Harry -confesaba Betty-, y al mismo tiempo me asusta pensar que indefectiblemente llegará el momento en que aterrizaremos en él.

- ¿Acaso creías que Marte está a la vuelta de la esquina, Betty? El profesor Daniels mejor que yo puede darte cuenta de la distancia que nos separa de él, y va a hacerlo dentro de poco para ambientarnos a todos en las cuestiones de Marte. En cuanto a tu segunda frase, te confesaré que yo también estoy asustado y que es demasiado tarde para volverse atrás.

- Morley dice que el *Silver Star* se asemeja a una cárcel y que la travesía le parece una condena.

- ¿Y tú qué opinas, Betty?

- Que si estoy a tu lado, el *Silver Star* es para mí una reproducción en miniatura del paraíso.

- Y Morley es la imagen de la serpiente -rió el ingeniero-. Oigame, futura señora Travers; ¿le he dicho alguna vez que estoy enamorado de usted?

- Señor Travers: me lo ha dicho tantas veces en los últimos tiempos que ya comienzo a escamarme y a dudarlo.

Rieron alegres, olvidados de todo cuanto no fuera su cariño.

- ¿Cómo pude estar tan ciego que no me dí cuenta antes, Betty?-preguntaba él.

- ¿Cómo pude ser tan poco hábil que mis maniobras no dieron ningún resultado? -dijo a renglón seguido la muchacha.

- ¡Ejem! Eso es muy grave. ¿Acaso te habías propuesto pescarme por todos los medios?

- Sí, querido. Me fascinó siempre la profesión de ingeniero y desde el primer día que trabajé a tu lado me hice el propósito de agarrarte bien. Me dije que sería magnífico tener un esposo ocupado siempre con números y fórmulas, que no se acordase siquiera de que estaba casado y no viese más allá de los números y los planos... mientras su esposa se consumía de tedio y aburrimiento renegando interiormente de los libros y los estudios...

- Y rumiando al mismo tiempo su venganza ¿verdad?

-Sí, querido -repuso ella sin abandonar el tono de burla-. Me había propuesto salir de compras cada vez que ocurriera algo

semejante.

- ¡Horror! -exclamó él-. Tú no querías vengarte... ¡Tú querías mi ruina completa!

Fuera de estas breves expansiones de su cariño, Travers encontraba casi siempre ocupaciones importantes a que hacer frente. Su condición de persona civil puesta al mando de un grupo de militares, algunos de alta graduación, entrañaba en ocasiones serios problemas que la habilidad y la diplomacia del ingeniero procuraba resolver a entera satisfacción de todos, evitando roces inoportunos ni malquerencias que turbaran la paz interior de la aeronave. Otras veces se entregaba febril al repaso de los cálculos del cohete, ayudándole en ello su prometida, y otras, como en esta ocasión, se disponía con todos a escuchar al profesor Daniels que vulgarizaba los temas Científicos de forma que le comprendieran perfectamente.

- Marte es el planeta más próximo a la Tierra en orden a la distancia desde el Sol -decía-, y cada 26 meses se encuentra invariablemente a la distancia más corta de nuestro planeta, opuesto al Sol en el firmamento. De aquí que las distancias relativas entre la Tierra y Marte se llamen «oposiciones». Como la órbita que recorre es muy excéntrica, su distancia de oposición varía mucho y solamente a intervalos de quince años se coloca a una distancia de 35.000.000 de millas que se considera como mínima.

Finnegan y Morley soltaron al unísono un doble silbido de asombro que motivó una mirada reprobadora del astrónomo que se disponía continuar su disertación.

- Desde la Tierra puede ser perfectamente observado cuando las condiciones son favorables, cosa que no ocurrió en 1950, y los estudios efectuados sobre él nos han dado una descripción general que puede resumirse en pocas palabras. Sabemos que posee atmósfera propia, agua y nubes, época de fríos y época de deshielo, y que su temperatura
es sensiblemente más baja que la de la Tierra. Sin embargo, estas condiciones resultarían incluso favorables para la aclimatación sobre él del género humano, de no tropezar con el inconveniente de la escasa presión atmosférica.

Señaló hacia la imagen del planeta nítidamente reflejada en la pantalla y añadió:

- Ello no obstante, Marte posee condiciones favorables para recibir la vida y hasta es posible que exista en él al menos bajo la forma de vida vegetal. Cuando la atmósfera esta despejada, o como nos ocurre a nosotros que gozamos de un inigualable puesto de observación, pueden distinguirse y ustedes los están distinguiendo, curiosos detalles de topografía.

Mediante el convertidor de imágenes agrandó hasta el máximo

el disco de Marte intentando captar todos los detalles que sus palabras iban a definir:

- Esas manchas azuladas que se distinguen claramente fueron llamadas, y se llaman todavía hoy, «mares», y están intercaladas entre las regiones de color rojizo claro que se suponen «tierras». En realidad, los «mares» no están ocupados por agua sino que su colaboración azulina parece provenir de la existencia de una vegetación, sujeta al cambio de estaciones al igual que en la Tierra. Los mares están unidos por esos trazos rectilíneos que ustedes ven y que el astrónomo italiano Schiaparelli descubrió por vez primera en 1887 durante la más favorable de las oposiciones de Marte. Posteriormente, un norteamericano llamado Lowell, un hombre rico y culto y un gran aficionado a la Astronomía, prosiguió a su modo las investigaciones de Schiaparelli llegando a demostrar que los «canales», como el italiano les llamó y cuya designación ha llegado a nuestros días, se intersectaban a grandes ángulos y que, a menudo, varios de ellos cruzan en un solo punto, precisamente donde casi a simple vista puede observarse una mancha negra, un «oasis» como les llamó Lowell. Aplicando un criterio menos restringido, puede aceptarse el hecho de que en Marte existe acaso la vida vegetal y que los hombres de la Tierra podrían aclimatarse en su superficie, todo ello sin excluir por completo la existencia de otros seres.

- ¿Hombres semejantes a nosotros o tal vez como los que estamos acostumbrados a encontrar en las novelas fantásticas o nos presentan en el cine? -preguntó el sargento Morris.

- Dudo mucho que así sea -repuso Daniels- y me refiero a las dos partes de su pregunta. Nadie sabe cómo serán los hombres de Marte, si es que existen, aunque la ciencia ha llegado a trazar un retrato de su posible apariencia basándose en la lógica adaptación de la naturaleza al medio ambiente. Si la presión atmosférica es escasa, el marciano ha de ser más alto que el mayor de los terrestres. Si su atmósfera es pobre en oxígeno, sus órganos de respiración diferirán notablemente de los nuestros y otro tanto sucederá con el corazón y aparato respiratorio. Si los productos alimenticios de su suelo son escasos o inexistentes, su estómago e intestino estarán adaptados para ello, tal vez carezcan de dientes u órganos de nutrición y «coman» por los poros de la misma forma que las plantas en la Tierra. En un caso o en otro, sus cualidades físicas han de ser siempre diferentes a las nuestras.

- ¿Y habrá también animales prehistóricos, profesor? ¿Algo así como el animalote de la película «El monstruo de tiempos remotos»? -preguntó el incansable Morley con la chispa burlona brillando en sus ojos.

- Es poco probable, al menos en lo que se refiere a especies

conocidas por nosotros, bien de nuestra era o de épocas anteriores. Tanto la fauna como la flora de Marte constituyen un misterio insondable para los terrestres, dada la carencia de datos sobre ellas. En cambio, ahora...

Se interrumpió contemplando el brillo de sorpresa que había en los ojos de sus oyentes, fija la vista en la pantalla televisora. Y al volverse lanzó una exclamación de asombro, incapaz de creer lo que estaba viendo. Sobre la superficie brillante de Marte se había alzado una nube de humo que de ninguna manera podía atribuirse a un accidente atmosférico. Era una columna negra que, naciendo del suelo, subía hacia lo alto para ensancharse en forma de hongo, amenazador y negro, con todos los síntomas de...

- ¡Es una explosión nuclear! -gritó Paul Anderson medio levantándose de su asiento a impulsos del asombro.

Daniels fue el primero en reaccionar, apretando el disparador del objetivo fotográfico conectado a la pantalla, tratando de obtener una imagen de aquella columna de humo. Harry Travers puso en movimiento la cámara cinematográfica emplazada en el panel trasero de la cabina de mando, de forma que enfocara constantemente a la pantalla, y todos contemplaron ávidamente el funesto indicio de un poder destructor, semejante o mas potente quizás que el descubierto por el hombre de la Tierra.

- Déme la distancia exacta a Marte en el momento de la explosión, profesor pidió Paul Anderson dirigiéndose a su mesa de trabajo.

- Comunique por radio con la Tierra, general, y transmítales lo que estamos presenciando -añadió Harry.

- ¿Pueden... alcanzarnos a nosotros? -preguntó entrecortadamente Alan Morley para añadir a renglón seguido-. ¡Maldita sea! Ya sabía yo que el hecho de ser trece a bordo del *Silver Star* acabaría por traernos mala suerte.

Una febril actividad sacudía a los hasta poco antes apáticos tripulantes de la aeronave sideral, que contemplaban ahora cómo la nube de humo de la explosión nuclear iba disgregándose rápidamente en la altura, difuminándose con la distancia y desapareciendo luego sin que ningún otro accidente alterase la quietud y muerte aparente de aquel planeta misterioso. Se negarían hasta a dudar de lo que habían presenciado de no ser porque a bordo se conservaban ya pruebas fehacientes, a más del unánime asentimiento de todos los tripulantes que no podían haberse equivocado o sugestionado en bloque. Y por si fuera poco, la voz del general Kingston aumentó sus preocupaciones al anunciar:

- La Tierra no contesta a mis llamadas por radio y dudo que el mensaje del *Silver Star* haya sido captado por sus aparatos.

- Los cálculos que he efectuado, de acuerdo con los datos de distancia a Marte y la altura aparente de la columna de humo, me hacen suponer que esa explosión nuclear ha sido un millar de veces más potente que la de los artefactos atómicos experimentados en Bikini y Nevada -resumió Anderson, palideciendo al tener que comunicar el resultado de sus apreciaciones.

- No nos precipitemos -rogó Harry tratando de contener la creciente inquietud que les invadía-. Quizás más tarde podamos encontrar una explicación más sencilla al fenómeno que ahora nos parece aterrador. ¿No podía tratarse de un meteorito de gran tamaño, profesor Daniels?

- La posibilidad es muy remota, Harry; personalmente lo dudo mucho.

Se celebró entonces un inmediato consejillo entre todos los tripulantes para determinar una norma a seguir en los ulteriores acontecimientos, y Harry resumió sus pensamientos con unas breves palabras:

- Usted, general Kingston, como el militar de más alta graduación a bordo, ¿es de la opinión que debe darse la vuelta y regresar a la Tierra sin pérdida de tiempo?

- Me pones en un aprieto, muchacho -confesó aquél-, y creo que es la primera vez que vacilo en tomar una decisión. Por un lado está el interés científico de la expedición, acrecentado si cabe por descubrir qué es lo que realmente ha pasado en Marte, pero por otro están las vidas de quienes tripulan esta nave y su valor es más elevado que todos los experimentos .

- Deseche sus vacilaciones, general -terció el profesor Allyson que había consultado rápidamente los indicadores del tablero de instrumentos-. Dada la velocidad que llevamos, la distancia relativamente corta que nos separa de Marte y el tiempo necesario para realizar la maniobra, el cambio de rumbo del *Silver Star* nos hará describir un amplio semicírculo cuyo limite nos hará pasar demasiado cerca de la superficie de Marte. Estamos dentro de su campo, gravitatorio, y de todas formas, aunque intentemos el regreso, habremos casi de sobrevolarlo...

- Acepto sus palabras -murmuró Kingston con un gesto que reflejaba el alivio de verse descargado de aquella responsabilidad.

- En ese caso -agregó Travers-, continuemos la ruta y que Dios nos ayude a todos. Rumbo a Marte, capitán Somerville. Listos los tubos lanzatorpedos en previsión de una sorpresa, y que todos ocupen sus puestos sin descuidar la vigilancia un solo instante.

Betty Patterson se le acercó intentando sonreir y el ingeniero tomó sus manos murmurando:

- Comienzo a lamentar tu presencia a bordo, Betty.

- ¿Por qué dices eso? Si corremos un riesgo de muerte, ¿qué más puedo desear que compartirlo a tu lado?

CAPITULO V
EXPEDICIONARIOS DEL ETER

Con una declinación de seis grados en su rumbo, el *Silver Star* oblicuó hacia el casquete polar de Marte al mismo tiempo que iniciaba las maniobras de giro necesarias para ceñirse a la curvatura del planeta que tan próximo se ofrecía a sus miradas. Desde la sorprendente aparición de aquella nube de humo generada a todas luces por una explosión atómica, ningún otro acontecimiento había venido a turbar la tranquilidad del espacio ni a ofrecerse a los expedicionarios del éter que persistían en una vigilancia que comenzaba, por un lado a hacerse monótona y desesperante, y por otro les llevaba a acariciar esperanzas de que sus temores y apreciaciones tuvieran un valor distinto al que primeramente les dieran.

Ya había otra vez voces alegres en la cabina de mando de la aeronave; se escuchaban las frases jocosas de Morley defendiéndose del implacable acoso de sus compañeros que le reprochaban entre burlas incisivas su miedo de antes, brillaban nuevamente los ojos de Betty Patterson ante el alivio de la tensión nerviosa y el mismo Travers se inclinaba a pensar si habría sido un sueño, una pesadilla descabellada todo cuanto contemplaran en la pantalla y cuya imagen conservaban mediante un cliché fotográfico y la tira de celuloide de una cámara cinematográfica.

- El problema marciano ha sido siempre un rompecabezas sin solución para los terrestres -les había dicho el profesor Daniels.

- Pues ahora va a tener ocasión de encontrar la pieza que le falta -gruñó el general Kingston.

El piloto automático redujo la velocidad del cohete e inició la maniobra de circunvalación a la zona polar de Marte. Desde una altura de cinco mil metros, el telescopio les ofreció una panorámica de la superficie que semejaba estar al alcance de sus manos. Sobrevolaban una sucesión de masas heladas, de vastas planicies pulimentadas por el brillo siniestro del hielo, de grandes amontonamientos de témpanos que debían ocultar enormes montañas.

- Cualquiera diría que estamos en la Tierra -comentó Finnegan-. No encuentro ninguna diferencia entre esta zona polar y la nuestra.

En cuatro horas de tiempo la nave dio una vuelta completa siguiendo siempre la misma latitud y por último vino a cruzar sobre el vértice del polo marciano. Ni el girocompás ni la brújula sufrieron alteración visible ni tampoco ninguno de los instrumentos ofreció

diferencia alguna en su funcionamiento. La sonda eléctrica continuaba enviando sus datos de altitud, confirmando los del altímetro, los indicadores de presión y temperatura externa permanecían inalterables, y en cuanto al radar...

- ¡Atención! -gritó Somerville-. ¡Miren eso!

«Eso» era un punto luminoso aparecido en el vidrio deslustrado del radar de localización, una lucecilla que se encendía y apagaba a intermitencias regulares produciendo en los aparatos un zumbido de alarma que coincidía con el máximo fulgor del objeto detectado.

- Demora cuatro-cuatro-ocho. Distancia doce mil metros -comprobó el capitán de navío Hurbult manejando serenamente los instrumentos de cálculo.

El telescopio electrónico giró prestamente en su torrecilla para orientarse en la demora indicada, y en la pantalla de televisión se reflejó la imagen de una gigantesca bola de fuego, un cuerpo de gran tamaño envuelto por rojizas llamaradas y que perdía rápidamente altura siguiendo una trayectoria que le depositaria indudablemente sobre la zona polar que la aeronave terrestre había cruzado poco antes.

- ¡Un meteorito! -dijo excitado el capitán Somerville.

- Yo diría... yo diría que se trata de una nave sideral -balbuceó Betty-. He creído... he creído ver algo brillante taladrado por unos orificios redondos que parecían ventanas.

Y hubo un momento en que las palabras entrecortadas de la muchacha tuvieron una confirmación cuando al extinguirse momentáneamente las llamas al cruzar el extraño bólido a corta distancia del *Silver Star*, contemplaron perfectamente sus líneas esféricas, su superficie brillante y los negros orificios de unas ventanas redondas que semejaban deslizarse de izquierda a derecha siguiendo un lento movimiento de rotación. Duró tan sólo unos minutos aquella visión y casi inmediatamente tornaron a surgir las llamas, se hundió verticalmente la fantástica aeronave y acabó por estallar en poderosa deflagración que lanzó hasta los asombrados ojos de los terrestres el resplandor vivísimo de una luminaria anaranjada.

- ¡Cie... cielos!

- ¡Era un buque del espacio como el nuestro!

- ¡Marte está habitado y sus habitantes poseen medios más perfectos que los nuestros!

Las simultáneas y variadas exclamaciones de los tripulantes quedaron cortadas por la actitud del astrónomo que penetró rápidamente en la torreta astronómica trepando velozmente por la escalerilla. Se dieron cuenta también de que algunos fragmentos de la

desaparecida aeronave pasaron próximos al *Silver* o incluso se estrellaron contra él y Harry contuvo el revuelo y la excitación de sus compañeros de expedición, llamando en su auxilio a la razón y el sentido común de todos para recobrar la calma que tanto necesitaban.

- ¡Por favor, caballeros! -vociferó-. ¡No demos el espectáculo de un pánico incontenible en presencia de la única mujer a bordo de nuestra nave! ¡Pensemos que somos hombres que abandonamos la Tierra resueltos a afrontar todos los peligros y que ahora ha llegado la ocasión de demostrar lo cierto de aquellas decisiones!

- No es pánico, Travers -aseguró un tanto molesto el capitán de navío Hurbult-, sino, sencillamente, que el contraste de la placidez del viaje con lo sobrenatural y fantástico del momento ha sido demasiado brusco. Creo no equivocarme al afirmar que todos nosotros hemos dominado los nervios.

Se hizo denso el silencio de la cabina en contraposición de las voces excitadas de antes, y Alan Morley señaló tranquilamente hacia la pantalla de televisión anunciando:

-Continúa el espectáculo, caballeros. Nuestra nave sideral marciana soltó sus lanchas de salvamento antes de estallar en el aire.

Se distinguían tres esferillas brillantes que trazaban círculos cada vez más estrechos hasta inmovilizarse en el aire y hundirse luego verticalmente mantenidas por el cuádruple escape blanquecino de unos motores. Una tras otra desaparecieron tras la cortina de bruma que se había levantado de la helada superficie después que los restos candentes de la aeronave se estrellaran contra ella, y entonces penetró como una tromba humana el profesor Daniels anunciando alborozado:

- ¡Lo tengo!... ¡Es «tyrium» sin duda alguna!...

- Explíquese, profesor -rogó Allyson sujetándole por los hombros.

- Es bien sencillo, querido colega. La esfera grande estalló demasiado pronto, sin darme tiempo siquiera a observarla con detenimiento. Pensé entonces en los fragmentos a que había quedado reducida, pero la suerte me deparó algo mejor al distinguir esas tres esferillas brillantes. Pues bien; he obtenido la imagen espectrográfica de la envoltura de una de ellas, y el resultado no deja lugar a dudas. Esas esferillas, y, como consecuencia lógica, la nave que las lanzó, están construidas con «tyrium», el mismo metal que nos aisla del espacio formando las paredes del *Silver Star*.

- ¡Fantástico! -fue el comentario del sargento Morris.

- ¿Y por qué ha de serlo? -le contestó prestamente el doctor Hunter-. Después de todo vinimos también a buscar el origen de ese mineral tan extraordinario y hemos descubierto que, con toda seguridad, los marcianos lo poseen. Y digo los marcianos porque es

claro que esa aeronave ha tenido que ser construida por seres vivos.

- Por seres más adelantados que nosotros en el progreso industrial y científico, doctor -corroboró Hurbult.

- ¿No serían estas esferas los platillos volantes que constantemente han venido descubriéndose sobre la Tierra? -preguntó Kelly.

-Todo es posible -resumió el profesor Allyson- pero necesitamos tiempo para confirmar las suposiciones y sentar una conclusión definitiva.

- Pues ante usted mismo tiene el principio de la solución, profesor -dijo Morley-. Sólo nos basta descender hasta Marte... ¿O ya no nos atrevemos a tanto?

Nadie tuvo tiempo para pensar una respuesta adecuada a las palabras de Morley que abrían ante ellos un acuciante dilema. La voz del capitán Somerville, de guardia ante su pantalla de radar, anunció prestamente:

- Objeto detectado; demora uno-uno-cero y distancia 36.000 metros. Características semejantes a la anterior aeronave cuyo final acabamos de presenciar.

La distinguieron inmediatamente sobre el rectángulo luminoso del televisor. Era también una esfera brillante, del mismo diseño aparente de la anterior, y que se precipitaba sobre ellos desde la popa a velocidad creciente. De improviso, un rastro humoso surcó el espacio despegándose de la aeronave recién aparecida y enfiló directamente la estructura del *Silver Star* con unas intenciones fácilmente adivinables.

- Proyectil dirigido sobre nosotros -anunció innecesariamente el capitán de navío Hurbult.

- ¡Reactores al máximo! -ordenó prestamente Travers ocupando veloz el sillón de pilotaje-. ¡Incluso los motores auxiliares!

La aeronave acusó inmediatamente el efecto de la terrible impulsión con un estremecimiento poderoso y perfectamente perceptible en su estructura.

- ¿Confía en eludirlo? -preguntó Morris intensamente pálido y rompiendo el tenso silencio de la cabina, turbado tan sólo por el zumbido intermitente de la pantalla de radar.

- Confío en que su velocidad de salida fuese menor o igual a la que el *Silver Star* llevaba en ese instante. ¡Atención, Somerville! -llamó-. Necesito que me vaya advirtiendo de la aproximación de ese proyectil y del terreno que gane con respecto a nosotros. ¡Atención, Anderson! Listos para cambiar el rumbo.

En la pantalla de televisión aparecía una cabeza esférica, amenazadora y brillante, coronada por el halo blanquecino del escape de gases de su reactor. Su tamaño semejaba ser siempre el mismo,

pero con el paso de aquellos segundos vitales para todos, fueron comprobando que acortaba sensiblemente, que se acercaba inexorablemente buscando la envoltura de la aeronave terrestre para despedazarla con el estallido de su carga explosiva.

- Comienzo a dudar de los sentimientos pacíficos de los marcianos -dijo Morley sin que en su voz se notara el menor signo de temor.

Y cosa rara, su broma a destiempo arrancó más de una sonrisa en los labios de aquellos hombres pendientes de la pantalla televisora o de sus instrumentos de control y sirvió para relajar en gran parte la tensión nerviosa y el esfuerzo a que estaban sometidos sus cerebros.

- Distancia 3.000 metros -anunció Somerville.

- Velocidad del Silver Star: 32.544 kilómetros por hora -cantó el profesor Allyson.

- ¡Declinación de quince grados a babor! -ordenó Harry.

Sintieron todos el desplazamiento a la derecha de sus cuerpos cuando el cohete cambió de rumbo a toda velocidad. Ninguno había pensado en que se alejaban por momentos del planeta señalado como meta de la expedición, que tras ellos quedaba también una esfera plateada siguiéndoles en actitud ofensiva, que se adentraban más y más en la grandeza infinita del espacio sin una ruta determinada que seguir. En ellos solamente había la obsesión de escapar a los efectos del infernal artefacto que parecía llenar todo el recuadro de la pantalla con su amenazadora visión, eludir su mortífera explosión que aniquilaría sus vidas...

- Velocidad: 39.723 kilómetros por hora -murmuró Allyson.

- El proyectil ha cambiado igualmente de rumbo y continúa tras nosotros -dijo Somerville-. Su distancia al *Silver* es de 2.700 metros

Hubo un murmullo de esperanza ante aquellas palabras. Si en tres minutos de vuelo sólo consiguió una ventaja de 300 metros, si la velocidad del *Silver* continuaba aumentando progresivamente, cabía la posibilidad... era probable que...

- ¡Cuidado, Harry! -chilló el general Kingston-. ¡Nave marciana ante nosotros!

- Una bonita encerrona -fue el comentario del doctor Hunter.

- ¡Preparados para hacer fuego! -ordenó rabioso el ingeniero-. ¡Conecten todos los lanza-cohetes con el disparador automático!

betty Patterson, que permanecía agazapada en su asiento cubriéndose los ojos con las manos para escapar de la aterradora visión del proyectil, se irguió ahora con expresión valiente en su rostro, la misma que animaba esta vez a todos los miembros de la expedición ante la orden de su jefe. ¡Iban a presentar batalla...!¡{No se abandonaban al destino sin tratar de luchar antes por su existencia!

La proa del *Silver Star* apuntaba directamente a la esfera aparecida frente a ellos a una distancia aproximada de cien kilómetros que los rumbos encontrados hacían disminuir por momentos.

- Distancia del proyectil a nosotros, 2.700 metros -cantó gozoso el capitán Somerville, saboreando la satisfacción que sus propias palabras le producían-. Les aseguro, amigos, que ya no nos alcanzará.

- ¡Fuego los tubos tres y cuatro! -ordenaba Harry Travers en aquel instante.

James Hurbult oprimió veloz los dos botones numerados del disparador automático y por ambos costados del *Silver Star* pasaron raudos los primeros torpedos «WAC-Corporal» con punta explosiva nuclear, construidos expresamente en la Tierra para ser experimentados en el espacio. Dejando tras de ellos la estela vigorosa de sus reactores se abalanzaron contra la esfera enemiga devorando la distancia que les separaba de ella.

- Es raro que no nos hayan soltado una andanada -comentaba Kelly-. O tal vez no les queden proyectiles -apuntó su compañero Finnegan.

Fuera cierto ello o no, lo que realmente sucedió apenas unos segundos más tarde llenó de alegría los pechos de los hombres de la Tierra e hizo renacer en ellos la confianza por sobrevivir. Un doble centelleo de un rojo casi blanco se proyecto contra la mole de la esfera plateada y la hizo desaparecer entre el turbión de vapor y humo de la explosión.

- ¡Tomad vuestra medicina, marcianos! -aullaba Finnegan dando saltos alborozados por la cabina.

Gritos de alegría, exclamaciones de los más variados tonos, entre las que se mezclaban todos los tonos de voz reflejando el entusiasmo, cabriolas, abrazos poderosos entre los hombres, sonrisas de triunfo, eran el fiel exponente del júbilo que animaba a los expedicionarios que acababan de obtener su primera victoria en el también primer combate sideral entablado por los terrestres y los desconocidos tripulantes de aquellas esferas.

Morley se dirigió hasta donde Betty Patterson, abrazada a Travers, sollozaba de alegría y nerviosismo y le espeto con su voz más potente:

- Por primera vez reconozco que el número trece nos trae suerte, Betty. Desde ahora la consideraré siempre mi mascota.... con permiso del jefe, claro está.

- No cantes victoria tan pronto, Alan -amonestó el ingeniero-. ¿Olvidas que llevamos a remolque un proyectil dirigido?

- Llevábamos querrá usted decir, Harry -repuso Somerville-. Desde el momento en que el profesor Allyson cantó la última

velocidad de nuestra nave han transcurrido siete minutos y durante ellos hemos recorrido 46.385,05 kilómetros. El radio de alcance de nuestro parásito era indudablemente menor y lo mismo le sucede a su radiocontrol. Ahí lo tienen ahora -añadió- y apuesto mi mano derecha a que no nos sigue cuando cambiemos el rumbo.

- Pronto lo sabremos, Somerville -Sonrió Harry-. Trace usted una nueva ruta y nos ajustaremos a ella.

- Va a resultar un poco... difícil -repuso el navegante-. No me avergüenza confesar que ignoro dónde nos encontramos

- Se lo diré yo, muchacho -dijo el profesor Daniels señalándole la pantalla-. Aquello es Marte. Ahora nos encontramos a más de 50.000 kilómetros de distancia.

- ¿Hemos de regresar a él, Travers?-preguntó el navegante.

- Temo que no, Somerville, y lo siento por el profesor Daniels que va a quedarse sin su pieza para el rompecabezas marciano. El *Silver Star* es el único medio con que contamos para poder vivir y para regresar algún día a la Tierra, y no voy a arriesgarlo tontamente en una empresa suicida, máxime sabiendo que las intenciones de nuestros desconocidos amigos los marcianos no son nada cordiales.

- ¿Entonces...? -gruñó Morley acercándose.

- Fije nuestra posición en el espacio, profesor Daniels, y cuando lo haya conseguido pase los datos necesarios al capitán Somerville o colabore con él para trazar la ruta de regreso a la Tierra. Aquí se ha acabado nuestra exploración del éter, y creo que las informaciones que poseemos son demasiado importantes y valiosas. Ellas solas, de por sí, justifican la orden de retorno, máxime cuando no se puede comunicar por radio para transmitirlas.

- A casa, amigos -sentenció alegremente Alan Morley-. A contar lo que sabemos y a... ¡Rebomba! -se interrumpió-. ¡En la Tierra están ignorantes de todo esto y es posible que los marcianos intenten atacarla! ¡Estamos en el primer acto de una nueva guerra!

- Efectivamente, Morley -sentenció ceñudo el profesor Allyson-, y si usted, Harry -añadió dirigiéndose hacia el ingeniero-, ha encontrado un buen motivo para regresar a la Tierra, yo tengo otro mejor que nos obliga a no marchar y permanecer aquí.

- Comprendo a dónde quiere ir a parar, profesor -aceptó Travers mientras los demás se hacían las mismas reflexiones que embargaban al matemático-. Yo también me he dado cuenta de las consecuencias de nuestros descubrimientos, del aterrador riesgo que suponen para nuestros semejantes que, allá en la Tierra, continúan entregándose a sus maniobras políticas, a sus intrigas, a sus ambiciones y anhelos de grandeza, o tan sólo vivir honradamente tratando de saborear la felicidad que pueden alcanzar con sus propios medios.

- Pues toda esa felicidad puede destruirse en un instante, si el ataque procedente del espacio sorprende a la Tierra insuficientemente preparada, indefensa contra los efectos de las nuevas armas, sin una flota, no ya aérea sino sideral, lo suficientemente poderosa para enfrentarse con estas esferas. Es nuestro deber velar por su seguridad y destino futuro, caballeros -agregó Allyson-, o yo al menos lo entiendo así, respetando sin embargo las opiniones de los demás, porque, ¿qué es lo que realmente hemos averiguado acerca de las naves contra las cuales nos hemos enfrentado?

- Sabemos que un «WAC-Corporal» lanzado contra ellas les escuece -dijo Morley.

- Aparentemente sí, muchacho, pero hay varias preguntas que todavía no tienen respuesta. ¿Por qué la segunda esfera avistada no disparó contra nosotros? ¿Cómo se explica que sus proyectiles dirigidos tengan menos autonomía que los nuestros y hasta inferior velocidad cuando el diseño de sus aeronaves y la rapidez con que se mueven indican un avanzadísimo progreso?

- Podemos suponer... -inició Morris.

- ¿Cómo son esas naves en realidad? -prosiguió impertérrito el profesor-. ¿Qué clase de motores las impulsan y qué energía utilizan? ¿Quienes van a bordo de esas esferas? ¿Qué armas se almacenan en sus arsenales?

- Basta, profesor; me rindo -sonrió Morris.

- Cuando encontremos una respuesta adecuada para cada una de esas preguntas y de las muchas más que podría mencionar sin ningún esfuerzo, estará justificado nuestro regreso a la Tierra. Y si en nuestra búsqueda a través del espacio, en nuestra investigación y en nuestro ardor desesperado, no encontramos sino la muerte, tan sólo habremos conseguido anticipar un tanto el final de los terrestres con el consuelo de que hicimos todo cuanto estaba a nuestro alcance por evitarlo.

Todos le habían escuchado en silencio. La figura del profesor Allyson se había agigantado cobrando una envergadura y una importancia insospechada desde todos los puntos de vista, porque con sus palabras no había hecho sino expresar claramente los pensamientos nacidos en todas las mentes y tratar de resumir la marcha a seguir, la hoja de ruta a que en lo sucesivo habrían de atenerse los tripulantes del *Silver Star*.

- Perfectamente, profesor -repuso Daniels-. Por mi parte estoy de acuerdo con usted, pero debo advertirle que en su razonamiento ha evitado precisamente el factor más importante, el tiempo, y que este es...

- Lo sé, colega. El tiempo es para nosotros algo vital y, sin embargo, lo más desfavorable a la vez. Todos ustedes recordarán las

conferencias preliminares a nuestra salida; todos, hombres dotados de cultura superior, científicos en cada una de sus especialidades, sabrán comprender que en contra del tiempo tenemos dos palabras: Einstein y relatividad. Surcando el espacio a tremendas velocidades, las horas y los minutos tienen para nosotros un valor distinto al de nuestros semejantes en la Tierra. Llevamos siete meses errantes por el infinito...

- Protesto por la palabra «errantes» -sonrió Somerville-. Usted mismo acaba de calificarnos de científicos en nuestras especialidades y comprenderá que me hace muy poco favor ante mis compañeros al afirmar que el *Silver Star* navegó a la deriva por el espacio.

- Era una forma de expresión, capitán -repuso Allyson sonriendo también comprensivamente-. Pero, de un modo u otro, nos enfrentamos con el dilema de la relatividad. Cada mes para nosotros supone unos tres años en la Tierra. Calculen someramente el tiempo que podemos durar vivos y empeñados en nuestros propósitos de exploración y comprenderán que durante su equivalencia bien puede ser destruida la Tierra, o invadida por seres procedentes, no ya de Marte sino del espacio, en general... O tal vez alcanzado por sí sola un poder y una supremacía que la hagan invencible a las amenazas futuras.

- Considero imposible eso último, profesor -dijo el general Kingston-, al menos mientras nuestro mundo continúe dividido prácticamente en dos facciones contrapuestas; Oriente y Occidente. Solamente cuando la fricción entre ellas desaparezca, la Tierra, unida toda ella, podrá dedicar toda su atención al espacio con el interés y la asiduidad necesarias. Mientras tanto, sólo pensarán en la forma de defenderse mutuamente contra los ataques del posible adversario.

- Y ¿valdrá la pena nuestro esfuerzo y nuestro sacrificio teniendo en cuenta lo que acaba de decir el general Kingston? -preguntó Finnegan.

- Indudablemente, muchacho -se apresuró a contestarle el capitán de navío Hurbult-. Indudablemente, porque en nuestro fuero interno quedará el convencimiento de haber cumplido una misión sublime: Salvar a la Tierra.

Harry Travers fue contemplando sucesivamente todos los rostros y comparando sus expresiones. Incluyó entre ellos a Betty que estaba asida a su brazo y que le sonreía animosa y anunció solemnemente:

- -Creo que se puede dar una contestación definitiva, caballeros. ¡Continuamos siendo los expedicionarios del éter!

Y la muchacha le hizo eco con una plegaria en voz alta:

- Que Dios nos ayude en la empresa.

CAPITULO VI
ATERRIZAJE EN DEIMOS

Interrumpiendo la veloz ruta que con el batir de los segundos le introducía más y más en las profundidades del éter, el *Silver Star* había descrito un amplio semicírculo en el espacio y regresaba de nuevo en dirección a Marte, más concretamente hacia uno de sus dos Satélites que la imagen telescópica situaba a la izquierda del planeta rojo, lanzando apagados destellos en medio de la noche negra.

- Ese es Deimos -pronunció el profesor Daniels a los tripulantes de la aeronave-. Un satélite que, al igual que su compañero Phobos, resulta bastante difícil de identificar desde la Tierra, dada su pequeñez.

- Hasta desde estas alturas lo es, profesor -dijo Betty Patterson.

- Razón de más para aseverar mis palabras, si se considera que la distancia que nos separa de él es infinitamente menor, mi querida señorita. Deimos tiene tan sólo unos diez kilómetros de diámetro y... ¡Mire ahora la pantalla! -añadió súbito.

Betty contempló el paso de una especie de bólido, un veloz meteoro de opaco brillo que cruzaba el retículo telescópico siguiendo un movimiento de traslación fácilmente perceptible.

- Ahí tiene a Phobos -informó el astrónomo-, compañero de Deimos y único satélite cuya velocidad de traslación es mayor que la de rotación del astro en torno al cual gira. De tamaño semejante al otro, capaz de ser circunvalado en cosa de quince minutos por un automóvil de los nuestros, posee una velocidad tal que le permite completar su giro en torno a Marte en once horas y siete minutos, de tal forma que necesitando Marte 24 h. 37’
y 23" para efectuar la rotación sobre su eje, se da el caso peregrino de que Phobos nazca por el Oeste y se ponga por el Este, una maniobra que para los no científicos resulta asombrosa, pero que tiene una fácil explicación en la diferencia de velocidades.

- Muy curioso, profesor; muy curioso y muy interesante -dijo la muchacha escuchándole atenta.

- Pues todavía lo es más el hecho de que, por encontrarse Phobos a 5.800 kilómetros de Marte y coincidir el plano de su órbita, poco mas o menos, con el ecuador de su planeta primario -prosiguió el astrónomo dejándose llevar por la erudición científica que jamás encontrara mejores ocasiones para desarrollarse-, solamente es visible desde una vasta zona central, ya que a partir de una distancia mayor de los 65 grados queda oculto por la curvatura del propio Marte. No ocurre lo mismo con Deimos, cuya distancia a su primario es de unos 19.500 kilómetros y su período orbital de 30 horas y 18

minutos; este se ajusta a las características conocidas, es decir, sale por el Este y se pone por el Oeste. Sin embargo, ambos coinciden en un aspecto y es el de carecer de atmósfera propia, circunstancia que impide la vida en ellos.

- Después de haber contemplado los adelantos marcianos, nada nos impida suponer que hayan poblado también sus satélites, profesor -arguyó el general Kingston.

- Cierto -añadió por su cuenta el doctor Hunter-, porque nosotros, desde la Tierra, especulamos con realizar lo mismo en la Luna, máxime después que el *Silver Star* nos ha demostrado la posibilidad del vuelo sideral.

- Pues pronto nos convenceremos de la realidad, caballeros -dijo por último el capitán de navío Hurbult-, ya que con toda seguridad vamos hacia Deimos mientras otra cosa no nos lo impida.

La distancia se acortaba rápidamente mientras Harry Travers contemplaba con el ceño fruncido los indicadores de combustible que acusaban un rápido descenso en los motores. Estaba calculando que, de continuar el consumo de aquella forma, llegaría incluso hasta hacerse imposible el regreso a la Tierra en el mejor de los casos, y sospesaba las posibilidades que tendrían para salir airosos de su cometido una vez que el *Silver Star*, en la suposición de que se conservara intacto y sin averías irreparables, se convirtiese en una aeronave muerta, un simple objeto obligado a seguir una trayectoria eterna a través del espacio, que sólo terminaría al estrellarse contra el primer astro que le atrajese con su masa al cruzarse en su camino, si no era que antes lo pulverizaba el impacto feroz de un meteorito. Recordaba lo ocurrido con el proyectil radiodirigido marciano que hasta horas antes llevaran pegados a la cola como un obstinado parásito; le contemplaba aún perdiéndose en la lejanía y condenándose a sí mismo a vagar por el espacio en busca de un final semejante al que el Destino podía deparar al *Silver Star*...

Le distrajo de sus pensamientos el hecho de que sobrevolaran una superficie rugosa, de reflejos amarillentos y áspera topografía, atormentada por el impacto de los aerolitos, limada por el polvo cósmico y sembrada profusamente de grandes cráteres de enorme tamaño que le daban un aspecto semejante al de una erupción volcánica que la hubiese sembrado con los arroyos de su ardiente lava. El juego de luz y sombras daba movilidad y vida a aquella superficie muerta, y el disco rojizo de Marte, sirviendo de fondo a su satélite, le hacía resaltar más aún, dando la impresión que desde la aeronave podía alcanzársele con la mano. Los indicadores de presión y los filtros sensibles denunciaron la tenue consistencia de una atmósfera prácticamente inexistente, y el termómetro conectado con el exterior midió la temperatura del ambiente dando un resultado, a

2.500 metros de altura, de 42 grados centígrados sobre cero.

- Hermoso país -murmuró Morley al contemplarlo-. Muy adecuado para instalar un negocio de baños turcos.

Ciñéndose a la curvatura del satélite, enrollándose en espiral sobre él, la aeronave lo exploró concienzudamente mientras sus tripulantes, reunidos ante la pantalla televisora conectada con el telescopio, trataban de distinguir un signo de vida sobre aquellas llanuras desoladas y yermas. Al mismo tiempo se vigilaba el espacio y se atendía a los instrumentos de detección tratando de localizar al enemigo en cualquier punto; la sorpresa encontrada en Marte unida al imprevisto cambio surgido en su viaje exploratorio del éter, aumentaba si cabe el natural nerviosismo y el desasosiego instintivo de todos aquellos que, encerrados entre las paredes metálicas de su aeronave, avanzaban cara al destino dispuestos a ofrendar el máximo esfuerzo en aras de la salvación de la Tierra.

Y quizás por ello, pese a su interés y atención en contemplar la superficie de Deimos, les sobresaltó el grito excitado de Betty Patterson:

- ¡Allí... allí!... ¡Es una ciudad!...

Harry ordenó disminuir la velocidad e iniciar la maniobra para describir un círculo. Todos, mientras tanto, contemplaban el punto negruzco que en principio confundieran con una de las muchas sombras negras que alfombraban la superficie, pero que ahora se destacaba nítidamente bajo el fulgor que parecía emanar de Deimos, brillando bajo el Sol. La línea de vuelo de la aeronave apuntó hacia el suelo tras una breve exploración del espacio y les permitió contemplar con detenimiento las características de la ciudad recién descubierta.

- ¡Todo está destruido! -murmuró Finnegan.

Sobre el conjunto de ruinas que antaño fueran edificios se distinguían los restos de una gigantesca cúpula transparente, una especie de campana protectora que en otros tiempos envolvió a la ciudad, aislándola del terreno que la rodeaba. A juzgar por su actual aspecto debió tratarse de una urbe de importancia, un centro autónomo provisto de todos los recursos necesarios para subsistir entre aquella desolación.

- Era la única solución posible -dijo Daniels- para asegurar la supervivencia en un mundo privado prácticamente de atmósfera. Construir las ciudades en el interior de una cubierta protectora llena de aire respirable, recurso heroico y de elevado precio que me hace suponer que tal vez sea ésta la única ciudad existente sobre Deimos.

La ciudad formaba una especie de oasis en medio de la llanura yerma. En torno a ella no se descubría nada que pudiera identificarse como rastros de cultivos, árboles o plantas, como nacimiento o final de vías de comunicación o como zona de aterrizaje de las aeronaves que

indudablemente enlazarían la urbe de Deimos con su metrópoli Marte. A juzgar por las ruinas, sus edificios eran de una línea arquitectónica original y nueva; aún
podían distinguirse las moles airosas de dos rascacielos unidos entre sí mediante una especie de camino aéreo que se alzaba a impresionante altura. Otros restos de rutas elevadas, a modo de puentes colgantes, amontonamientos de bloques y vigas, montañas de escombros, fragmentos desprendidos de la destrozada cúpula y polvo amarillento esparcido sobre lo que fueron calles y plazas, daba fe del tiempo que databa desde su destrucción.

- Lo encuentro incomprensible -murmuraba Daniels contemplando aquella desolación-. ¿Sería Deimos un algo independiente de Marte y nos encontramos ahora ante el resultado de una guerra entre ellos, o más bien se debe a un ataque originado por seres procedentes del espacio, de una raza tal vez más adelantada y poderosa?

Nadie tuvo tiempo de responderle. El capitán Somerville, erguido delante de sus aparatos de detección, anunciaba con voz poderosa.

- ¡Atención todos! ¡Naves marcianas detectadas! ¡Distancia: veinticinco mil kilómetros!... ¡Demora siete-uno-dos!

Una rápida orientación de los instrumentos ópticos les permitió contemplarlas. Esta vez eran cuatro esferas brillantes las que aparecían en el área visual de la pantalla, unas esferas aparentemente semejantes a las contempladas anteriormente, con las mismas filas de ventanas circulares dando la sensación de moverse en un rápido sentido de traslación horizontal, e idéntico aspecto amenazador, siniestro y terrible a la vez. Su rumbo las encaminaba hacia Marte, pasando frente al disco de Phobos que en aquellos momentos aparecía por la izquierda.

- ¡Aceleración! -ordenó a su pesar Harry escrutando las agujas del indicador de combustible.

Tembló la aeronave al aumentar su velocidad, la trayectoria de vuelo recobró su línea ascendente y el *Silver Star* se retiró hacia la zona oscura de Deimos, huyendo de aquellas esferas que probablemente les habrían descubierto también, disponiéndose a escabullir los proyectiles que no tardarían en enviarles. Sin embargo, asistieron a la desconcertante maniobra del enemigo, dirigiéndose en dirección a Marte y sin prestar atención aparente a la solitaria aeronave terrestre que se disponía a presentar batalla.

- Bien, caballeros -habló Travers a la colección de rostros perplejos que le contemplaban-. Voy a posar nuestro *Silver Star* en las inmediaciones de la ciudad destruida de Deimos; después de haber visto ésto ya no me sorprenderá el recibir una embajada pidiendo una

paz que no hemos solicitado.

- ¿Aterrizar, Harry? -se asombró Morley-. ¿Pese a la presencia de esas cuatro aeronaves que ahora han simulado escapar pero que indudablemente caerán sobre nosotros, cazándonos como a patos al menor descuido?

- No, muchacho -terció el profesor Allyson antes de que el ingeniero pudiese responder-. Hay algo raro en esas aeronaves y vengo pensando en ello hace tiempo, desde que avistamos la primera de ellas. Las palabras de mi colega Daniels, hace unos, instantes, han servido para perfeccionar mi teoría.

- Explíquese, colega -pidió Daniels.

- Es bien sencillo, amigos míos -repuso Allyson dirigiéndose a todos-, Si consideramos lo acaecido desde nuestro encuentro con la primera de ellas, a saber: La aeronave inicialmente avistada nos dispara un proyectil radiodirigido; la segunda, en una actitud de extraña pasividad, encaja dos de nuestros torpedos y desaparece en el espacio; estas cuatro, pese a la seguridad que tenemos de haber sido detectados por ellas, se retiran sin obstaculizarnos lo más mínimo y sin sentir curiosidad ante nuestra presencia. Y ahora se me ocurre preguntar: ¿Sería posible que la nave destruida por nuestros cohetes se abstuviese de disparar contra nosotros... «por creernos amigos»?... Y afirmo más: ¿Puede asegurarse que la primera esfera avistada fuera realmente marciana?

- Profesor, nuestra situación es demasiado complicada y seria para salir ahora con conjeturas extrañas y de poca consistencia -sermoneó el amostazado general Kingston.

- ¿Y por qué han de ser extrañas, pregunto yo? -continuó imperturbable el profesor-. Las ruinas que hemos contemplado sobre la superficie de Deimos nos prueban la existencia de dos bandos rivales; la explosión nuclear advertida sobre la corteza de Marte es otra certeza para mi hipótesis. Cabe también en lo posible asegurar que uno de estos bandos tiene un aliado, o al menos espera ayuda de un pueblo cuya flota sideral difiere en construcción y forma a lasque ellos poseen; que tomaron al *Silver Star* por una de ellas y que no adivinaron su procedencia terrestre. ¿Cómo, en caso contrario, no nos lanzaron un torpedo? -terminó triunfante.

- ¿Y cómo, también, no se molestaron en comunicar por radio con los tripulantes de esa extraña aeronave, profesor? -dijo con sorna el sargento Morris.

- Por la misma razón que nos impide a nosotros comunicar con la Tierra. Hay una emisora más potente que las instaladas a bordo de las naves, que absorbe los haces de ondas de nuestros aparatos; actúa como la interferencia más perfecta; impide la transmisión de las ondas de radio.

- Entonces, profesor -comentó Hurbult-, pretende insinuar que...

- Que Marte sostiene actualmente una guerra contra un enemigo desconocido para nosotros y que la Tierra sale de una amenaza para adentrarse en otra peor, ya que si este enemigo es suficientemente poderoso como para derrotar a los marcianos, lo será también para reemplazarles en el papel de invasores que les habíamos asignado a ellos.

- ¿Y en caso de que Marte resulte victorioso en la lucha? -preguntó Anderson interesado a su pesar en el razonamiento.

- Entonces la Tierra tendrá un largo período de respiro, el suficiente para que Marte se reponga de los destrozos y las pérdidas, organice nuevamente su ejército y su armada sideral y se encuentre en disposición de conseguir el propósito truncado por la actual contienda. Sería la circunstancia más ventajosa para nosotros, ya que, de esta forma, cabrían posibilidades de éxito al encontrar a la Tierra preparada para resistir la invasión.

- ¿Qué opina usted de esto, profesor Daniels? -preguntó Harry Travers al hacerse el silencio.

El astrónomo se encogió de hombros y dio su respuesta con tono seguro, aunque dejando las naturales reservas para una afirmación de la que no podía tenerse la necesaria certeza.

- Es posible la existencia de otros seres, ya que es un hecho científicamente comprobado el que los mundos habitables son prácticamente infinitos. El profesor Allyson puede estar en lo cierto al suponer que otra raza más poderosa y predominante está atacando a Marte; tal vez, añado yo, encontremos sobre la superficie de Deimos los datos necesarios para cumplimentar la misión que nos hemos impuesto, en cuyo caso soy partidario de un aterrizaje, y todos nosotros podemos aceptar en un principio el razonamiento de mi colega Allyson.., o equivocarnos todos con él.

Solamente el correr del tiempo daría a los terrestres la certeza que ahora buscaban. Sólo con el paso de los años conocerían por propia y dolorosa experiencia la existencia de aquellos seres sobrenaturales, existencia tan real como hipotética ahora, que se desplomarían sobre la Tierra después de extender sobre el Universo sus ansias de dominio. Sabrían entonces el inimaginable poder de unas terroríficas armas y los terribles efectos conseguidos por una civilización y una ciencia puestas al servicio de la guerra. Actualmente era demasiado pronto para penetrar en aquel misterio que a los terrestres resultaba a todas luces incomprensible.

- Bien; tenemos armas, estamos resueltos a luchar por nuestras vidas y nos hemos impuesto una misión un beneficio del futuro de la Tierra -dijo Harry Travers-. ¿Hay alguno entre nosotros

que se oponga al aterrizaje sobre Deimos?

Y al no recibir ninguna respuesta en contra, giró hacia el capitán Somerville y Paul Anderson para ordenarles:

- Inicien la maniobra. Alto los reactores y listos los motores auxiliares para frenar el peso del *Silver Star*.

Momentos después, la aeronave elevaba su proa hacia el cielo y casi en el mismo momento se hundía de cola hacia la zona oscura del satélite Deimos mantenida por el cuádruple chorro de sus reactores auxiliares.

* * *

Uno tras otro, los cinco hombres y la muchacha fueron hundiéndose en el polvo amarillento que alfombraba la superficie de Deimos y avanzaron envueltos por el vuelo de aquellas partículas que sus piernas empujaban y que tornaban a caer pesadamente cuando desaparecía el impulso que las diera movimiento. Habían abandonado la zona oscura, sorteaban los grandes cráteres y las elevaciones del terreno y seguían su ruta, vigilando atentos, hacia la ciudad destruida que divisaran desde la altura.

Harry Travers, Betty Patterson, que no consintió separarse de su prometido, James Hurbult, el profesor Allyson, Paul Anderson y Alan Morley, designado por sorteo entre los tripulantes, igualados ahora en aspecto externo por sus escafandras de presión de brillante color rojo; cubiertas las cabezas con los yelmos metálicos provistos de mirillas transparentes, auriculares y micrófono; con la cimbreante varilla de la antena de sus aparatos de radio asomando por un costado, los depósitos de oxígeno sujetos a la espalda por un atalaje de lona y empuñadas las armas bajo el resguardo de los gruesos guantes de piezas articuladas, cruzaron las zonas de luz y sombra con paso rápido, sintieron burbujear su sangre ante el espectáculo excitante de los grandes saltos que la baja presión atmosférica les permitía dar y acortaron la distancia que les separaba de las ruinas.

Se introdujeron en ellas a través de la gigantesca cortadura de la cúpula y, precedidos de Paul Anderson que registraba el terreno con la plaqueta sensible de un contador «Geiger» en busca de rastros radioactivos, recorrieron lo que debía ser amplia avenida de acceso, sorteando cuidadosos los montones de cascotes y piras de hierros retorcidos que la alfombraban ahora.

- Vamos demasiado juntos -advirtió Travers por radio-. Distánciense, aunque no tanto que resulte imposible prestarnos mutua ayuda en caso de necesidad.

Llegados en su marcha a una amplia plaza presidida por aquellos gigantescos rascacielos unidos entre si por un camino aéreo, parte del cual se amontonaba ahora sobre el suelo, Anderson levantó

la mano deteniendo al resto del grupo.

- Hay rastros de radioactividad latente -les advirtió-, y será mejor que no nos expongamos demasiado a sus efectos.

Sus palabras, escuchadas también en la aeronave con la cual estaban enlazados por la radio, motivaron una acuciante pregunta del general Kingston; pero hubo algo que les impidió contestarle y ese algo fue el deslumbrador relámpago azulado que alteró la mortal quietud de la ciudad destruida, una banda de luz perfectamente visible que surcó la distancia con velocidad fulmínea y provocó el derrumbamiento de una montaña de escombros, treinta metros detrás de los terrestres y a una altura doble que la del cuerpo humano más alto, originando una espesa nube de humo blanquecino que se abatió lentamente sobre la atormentada superficie de Deimos. Ningún sonido, ninguna sacudida denunció la explosión dado que la carencia de atmósfera impedía la transmisión de las ondas sonoras; pero nadie dudó un instante de que aquello era el estallido de un proyectil, y de un proyectil atómico a juzgar por el repiqueteo del «Geiger». La sorpresa de los terrestres no les impidió arrojarse al suelo y aprestar las armas tratando de descubrir a aquel enemigo invisible; Alan Morley, apoyando su rifle lanzagranadas sobre unos pedruscos, hizo girar en abanico el cañón buscando impaciente un blanco. Todos los demás, incluyendo al profesor Allyson cuyas dotes de luchador eran poco satisfactorias, vigilaban atentos, con expresión resuelta en sus ojos y ademán valiente en sus semblantes.

- No hay nadie, Harry -murmuró Betty, acurrucada junto a su prometido y con los ojos desmesuradamente abiertos por la sorpresa y el temor.

- Pues alguien tiene que haber disparado, Betty, y ese alguien saldrá a la luz tarde o temprano.

Un nuevo relámpago deslumbrador brotó entre las ruinas que rodeaban la base de uno de los rascacielos de la plaza, y su impacto se marcó obstinadamente en el mismo lugar del primero, originando nuevos desprendimientos y nubes de polvo y abriendo una enorme brecha en la muralla de escombros.

- Todos hacia la izquierda, Harry -dijo el profesor-. Todos hacia la izquierda y consulten sus relojes.

Se deslizaron cautelosos en la dirección indicada y asistieron a un espectáculo incomprensible. Cada cuarenta y cinco segundos, matemáticamente medidos, brotó aquel rayo azulino y originó nuevas hecatombes en la zona que recibía el proyectil; ni una sola vez cambió la trayectoria del disparo ni los terrestres advirtieron signos de haber sido descubiertos en su avance hacia el ruinoso edificio de donde brotaban las descargas. A sus espaldas, la amplia plaza iba siendo sistemáticamente barrida de escombros y las nubes de humo

blanquecino se hacían más espesas por momentos, aumentando la alarma de Paul Anderson -que contemplaba el loco vibrar de la aguja indicadora del «Geiger».

- ¡Si no salimos pronto de aquí acabaremos saturados de radioactividad! —exclamó.

El profesor Allyson les hizo un gesto enérgico. En su afán de descubrir el desconocido agente destructor que disparaba ante ellos, se había adelantado al grupo y ahora estaba frente a la más extraña máquina que jamás contemplaron.

- Esto es lo que dispara -anunció señalándola.

Se trataba de una caja rectangular, de aristas redondeadas, de donde brotaba un doble tubo de tres metros de largo con mucha semejanza a las piezas de artillería terrestres. Ambos tubos estaban superpuestos, el superior algo más corto que el inferior, y todo el conjunto estaba montado sobre una plataforma metálica sustentada a su vez por un basamento de hormigón o cemento a juzgar por su aspecto y dureza. Mientras estaban contemplándola, del tubo inferior de la máquina brotó el relámpago azul y a lo lejos se alzó la nueva nubecilla que denotaba la explosión.

- Un cañón automático -dijo Hurbult.

- Un arma ciega -añadió Harry.

Junto a la recámara había un depósito cilíndrico de un metro de diámetro que indudablemente contenía los proyectiles. El depósito estaba conectado a la pieza a modo de peine de un fusil ametrallador, y por debajo de él nacían las esferillas de un cuadro de indicadores, una línea de conexiones y el manojo destrozado de unos cables que indudablemente la enlazarían con sus centrales de tiro y sus fuentes de energía.

- Miren eso, caballeros -dijo el profesor Allyson, señalando hacia el basamento de la pieza.

Inclinándose hasta la altura de la plataforma, Harry comprobó una ligera desviación de la línea horizontal, hecho que justificaba la explosión de los proyectiles siempre a la misma altura. La pieza debió ser afectada levemente por la hecatombe que destruyó la ciudad y conservaba aún energía en sus acumuladores de reserva para continuar disparando.

- Sus mecanismos de alza y de giro debieron quedar bloqueados -murmuró Hurbult-, y su puntería alterada hasta el extremo de no poder rectificarse. Ahora bien; en cuanto a la forma de abrir fuego automáticamente...

-Un mecanismo fotoeléctrico, capitán Hurbult -repuso Anderson-, tal vez un contador electrónico que se activó con nuestra presencia. Fue solamente casualidad que nos halláramos en la línea de tiro del primer disparo y menos mal que fue un tiro alto.

- Convendría llevarnos la pieza, Harry -estaba diciendo el profesor-. Su peso debe ser considerable aun para la escasa presión atmosférica, pero hemos de intentarlo de todos modos.

- Lo haremos al regreso, profesor. Antes quiero explorar todo esto.

Y se adentraba ya en las profundidades destruidas del rascacielos, cuando sus aparatos de radio captaron la llamada del general Kingston desde el *Silver Star*.

- ¡Atención, Harry! ¡Atención, patrulla! Regresen inmediatamente a la aeronave; han sido avistados varios centenares de aeronaves enemigas y el *Silver Star* se dispone a emprender el vuelo.

CAPITULO VII
BATALLA SIDERAL

Cortando en seco los reniegos del profesor Allyson, que veía frustrados sus planes exploratorios de la ciudad destruida y perdidas sus esperanzas de hallar en Deimos algo que revelase el poder y la fuerza de los futuros atacantes de la Tierra, algún dato por el que pudieran colegir su naturaleza o aspecto físico, una sola prueba de que sus suposiciones eran acertadas, Harry Travers se adueñó nuevamente del mando de la patrulla y ordenó regresar a toda prisa.

Fue su marcha una sucesión de estrambóticos saltos, una continuidad de cabriolas circenses que habrían causado la admiración de todo aquel que desconociera las circunstancias que las permitían, y que medían con igual rasero la edad avanzada del profesor Allyson con la juventud de Beatriz Patterson, prestándoles a todos una agilidad insospechada. Fue breve el tiempo que necesitaron para recorrer la distancia que les separaba de la aeronave. Alan Morley gritaba excitado cada vez que sus saltos le permitían volar sobre los abiertos barrancos de Deimos o salvar los seis u ocho metros de diámetro de sus embudos. Semejantes a una manada de canguros, los cinco hombres y la muchacha se adentraron en la zona oscura del satélite y se guiaron por el resplandor rojizo que brotaba de los reactores auxiliares del *Silver Star*, presto ya para la marcha. El brazo de una grúa, asomando por la compuerta estanca de la esclusa de acceso, les permitió ascender rápidamente hasta el compartimiento; se cerró la trampilla metálica y bajo el fulgor azulado de los focos se enfrentaron con la figura del doctor Hunter, envuelto también en una escafandra de presión, que les enfocó y rastreó concienzudamente con un detector para prevenir la contaminación radioactiva de los exploradores.

- Está bien -gruñó-. Vamos adentro.

En el almacén inferior, al lado de los helicópteros y jeeps que

todavía no tuvieron ocasión para emplearse, se despojaron de sus trajes e inmediatamente la plataforma elevadora las condujo hasta la cabina de mando en donde les aguardaban impacientes sus compañeros.

- Usted, profesor -dijo Harry-, encárguese de contarles los resultados de nuestra excursión. Yo, mientras tanto, me ocuparé de lo demás.

Seguido de Paul Anderson fue hasta la pantalla de radar en donde estaba el capitán Somerville. Con un gesto breve, aquél le mostró la serie de puntos que formaban un enjambre luminoso sobre el vidrio deslustrado, adoptando una formación poligonal, formando un inmenso cuadrado cuyos lados eran otros tantos puntos brillantes, reflejo de las aeronaves que los formaban.

- Como puede ver son más de doscientas -dijo Somerville-, y se encuentran a unas 500 millas de distancia. Poco antes de que el radar las detectara, captamos la presencia de cuatro esferas, probablemente las mismas que avistamos al llegar a Deimos, que parecían buscarnos sobre la superficie. Fue por ellos por lo que les llamamos; si nos descubren inmóviles seremos destruidos, mientras que en caso contrario...

- En caso contrario -repuso Harry-, poco podremos hacer con diez torpedos «Corporal» como medios de defensa.

- Al menos, moriremos peleando, Harry -dijo Somerville como último comentario.

El ingeniero ocupó el asiento de pilotaje y Betty apoyo la mano en su hombro preguntándole serenamente:

- ¿Es esto el final, Harry?

- Espero que no, Betty -repuso aquél-. Por lo menos, voy a hacer cuanto esté a mi alcance, porque de contrario, ¿cómo iba a tener el placer de llamarte «Señora Travers» alguna vez? -sonrió animoso.

Dos lágrimas se desprendieron de los ojos de la muchacha y fueron a caer sobre la mano fuerte que oprimía las suyas.

- ¡Está tan lejos todo eso! -murmuró-. Hay veces que pienso hice mal en ocultarme a bordo. Quizás sin la rémora de mi presencia habrías hecho otras cosas que ahora no te atreves a ejecutar.

- No lo creas, Betty; más bien me inclino a pensar que gracias a ti he conservado mis energías... y hasta he intentado pasar por valiente ante tus ojos, incluso en los momentos en que mayor era mi pánico.

Interrumpió su conversación el aviso de Paul Anderson exclamando:

- ¡ListoS los reactores auxiliares!

- Ven, Betty -dijo el ingeniero-. Aprovechemos ahora que el

profesor Allyson discute con los demás y ocupa su asiento a mi lado. Conecta la pantalla -añadió después que la muchacha obedeciera.

- Distancia de la formación enemiga a nosotros, 350 millas -anunció Somerville desde el radar.

- ¡Aceleración! -pidió Harry conectando con las clavijas del tablero de mandos.

- Y el *Silver Star*, lentamente primero y de forma acelerada después, se despegó de la superficie del satélite Deimos ascendiendo hacia el espacio bajo el empuje de sus cuatro reactores que despedían llamaradas rojizas. Pronto apareció en el recuadro de la pantalla la imagen de Marte y se percibieron claramente las esferillas de sus dos satélites entre el brillo de miríadas de estrellas, una de las cuales era la Tierra.

- Hemos fracasado en nuestro empeño -dijo el profesor Allyson acercándose al puesto de pilotaje-, y nos vemos obligados a regresar sin la información que necesitamos.

-¿Regresar dice usted, profesor? -replicó vivamente Morley-. No estoy yo tan seguro de ello contemplando la pantalla del radar, a no ser que opine usted que esas aeronaves enemigas nos dejarán libre el paso sin luchar.

- Confío en la velocidad de nuestro *Silver*, muchacho.

- Pues yo confío solamente en Dios para vernos a salvo del peligro, profesor.

La ruta que seguían, encomendada al piloto automático, les conduciría hasta la Tierra de no mediar ningún contratiempo. Un cálculo apresurado de las reservas de combustible les aseguraba la autonomía necesaria arrancando un suspiro de alivio a Harry Travers cuya última preocupación fuera el estudio de aquellos indicadores que descendían siempre. Y cuando la lente del telescopio reflejo sobre la pantalla televisora la imagen de la Tierra lejana, cuando las líneas conocidas de sus continentes y sus perfiles llegaron hasta los ojos de los tripulantes, fue unánime el grito alegre y las sonrisas satisfechas que les hicieron olvidarse de todos los peligros que ahora les rodeaban, de la presencia de aquella flota enemiga, del futuro terrible que amenazaba a su planeta de origen, de las angustias y padecimientos de aquella exploración del éter que les llevó hasta las conclusiones más funestas e imprevistas.

- Es hermosa, muy hermosa -murmuró Betty Patterson.

- Hermosa y condenada a la ruina -sentenció tras ella el profesor Allyson-, aunque me figuro que nadie creerá una sola palabra de cuanto digamos a nuestro regreso.

- ¿Continuamos sin contacto por radio, general? -preguntó Harry.

- Desgraciadamente sí, muchacho.

- ¡Atención todos!

El grito de Charles Somerville fue seguido de una nueva advertencia del capitán Hurbult.

- ¡Listos los tubos lanzacohetes, Harry! ¡Estoy preparado para abrir fuego!

La esfera azulenca de la Tierra había sido sustituida en la pantalla por la imagen brillante de una aeronave, marciana o desconocida, que acompañada por otras tres, se acercaba hacia el *Silver Star* a terrible velocidad.

- ¡Distancia, 350 millas! -dijo Somerville.

- ¡Conecten el reactor principal! -ordenó Harry- ¡Aceleración al máximo!

El temblor de las planchas metálicas sacudió a los tripulantes cuando se dejaron sentir los poderosos efectos del propulsor nuclear. La aguja del cuentavelocidades comenzó a oscilar a grandes saltos a impulsos de la aceleración y las cuatro aeronaves enemigas redoblaron sus esfuerzos para dar caza a la nave terrestre que intentaba eludirlas. Apareciendo súbitamente por detrás de Marte se habían introducido hábilmente en la ruta del *Silver Star* y avanzaban hacia él causando en sus tripulantes una sensación de temor instintivo, un convencimiento íntimo de la inferioridad en que se hallaban.

- ¡Preparados para cambiar de rumbo! -dijo Travers desconectando el piloto automático-. ¡Listos los torpedos, capitán Hurbult!

Era indudable que el regreso a la Tierra no se conseguiría sin lucha, y era indudable también que el propósito de las cuatro esferas brillantes que cada vez estaban más cerca se centraba en el *Silver Star*, a juzgar por las maniobras efectuadas y por la gran velocidad obtenida por ellas. Gracias a la pantalla televisora tuvieron un cuadro exacto de la situación; setenta minutos después de la partida de Deimos y cuarenta y tres desde el cambio de rumbo, el *Silver Star* ocupaba el centro del enorme cuadrado formado por las esferas enemigas que no habían necesitado esforzarse mucho para igualarles en ímpetu e incluso para sobrepasarles.

Una y otra vez se cambió el rumbo. Harry y Anderson lucharon ante los mandos tratando de aprovechar la más mínima coyuntura que les permitiera zafarse de aquel cerco que se estrechaba por momentos; Betty Patterson contemplaba el espectáculo con ojos desorbitados por el espanto, esperando a cada instante ver aparecer los surcos humosos de los proyectiles radiodirigidos que les destruirían; el general Kingston se mantenía a la escucha ante los receptores de radio, intentando por una parte captar algún mensaje conminatorio de aquellas esferas; James Hurbult tabaleaba

impaciente sobre el tablero del disparador, aguardando la orden de Harry para lanzar los torpedos; Somerville cantaba a intervalos la distancia y relacionaba su posición con la del grueso de la formación descubierta, y el resto de los tripulantes -excepción hecha del profesor Daniels que se había encerrado en la cabina telescópica-, miraban fascinados a la pantalla, reflejando en sus rostros la decisión y el ardor combativo que les animaba, sobreponiéndose al natural miedo que la visión sobrenatural de aquellas esferas les producía.

- Quieren capturarnos -dijo Harry en voz alta-. Intentan cogernos vivos y adueñarse de la aeronave.

- Cuando usted quiera abro el fuego, Harry -dijo el marino-. Ya veremos qué tal digieren nuestros torpedos.

- Haremos antes un último intento, Hurbult. Voy a cambiar el rumbo de nuevo.

Resultó inútil. Pese a todas las variaciones de velocidad, a las maniobras bruscas que ordenaba Travers y a los desesperados esfuerzos de todos por escabullirse, el *Silver Star* continuó encerrado dentro de aquel cuadrado, con una esfera brillante en cada uno de sus vértices.

- ¿Sabe usted cuál es el resultado de sus maniobras, Travers? -exclamó el profesor Daniels penetrando en la cabina-. ¡Pues que nos estamos alejando de la Tierra con velocidad creciente!

- ¿Cree usted acaso que habríamos podido llegar a ella, profesor? -dijo molesto el ingeniero.

Y como si aquella reprensión del astrónomo hubiera colmado la medida de sus nervios, ordenó:

- ¡Abra el fuego, Capitán Hurbult, y procure economizar los proyectiles!

Asintió el marino con expresión gozosa, y su dedo índice oprimió uno de los pulsadores del disparador. Dos «WAC-Corporal» se desprendieron de sus alvéolos y surcaron el espacio en busca de la esfera que ocupaba el ángulo delantero derecho del cuadrado, dejando tras de sí una doble estela fulmígena; seguidos por la mirada ansiosa de los tripulantes, devoraron la distancia en breves segundos y enviaron hasta la pantalla televisora el doble fogonazo rojizo de su explosión contra la esfera enemiga que se pulverizó bajo el impacto, desintegrándose entre una nube de menudas partículas tan peligrosas como los proyectiles que las engendraron.

- Ahora encomendémonos a Dios -murmuró Morley, acallando el grito de triunfo de sus compañeros.

Pero, inexplicablemente, las tres aeronaves supervivientes no dispararon, limitándose a rehacer la formación de cerco, una delante, y dos detrás, formando un triángulo en el espacio y encerrando en su interior al *Silver Star*.

- Grande es su empeño en capturarnos, Harry -murmuró el doctor Hunter.

- Pues mayor es el mío en impedirlo. ¡Fuego, capitán Hurbult! ¡No puede fallar el blanco!

En los instantes siguientes, reducida a la mitad la dotación de torpedos de la aeronave, desapareció también la esfera que ocupaba una posición frontera y Harry dejó desplomarse a su cohete, buceando en el espacio y llevándose detrás, como perros de presa, a las dos esferas restantes.

- ¿Rezo ahora, jefe? -dijo Morley ceñudo, pero sin poder ocultar el gozo que le invadía.

- Esta vez tienes mayores motivos para hacerlo, muchacho. Si ahora no disparan les llamaré estúpidos a voces -repuso el ingeniero. E inclinándose sobre la asustada Betty añadió-: Lo siento por ti, querida, pero me temo que hayamos llegado al final de nuestro viaje.

- Si estoy contigo no temo a ese final, Harry -repuso ella conteniendo un estremecimiento.

- ¿Por qué no disparan? -les increpó el sargento Morris, incapaz de contener la tensión nerviosa de aquella espera angustiosa.

- ¡Ahora Harry! -anunció Somerville con voz excitada-. ¡Proyectil radiodirigido a 200 millas de distancia!

- ¡Velocidad del *Silver Star*, 49.300 metros por segundo! -cantó el profesor Allyson.

El capitán de navío Hurbult se enredó en sus instrumentos, maldijo en voz alta, y serenándose al instante, ajustó las manecillas del rectificador electrónico de tiro apretando seguidamente el disparador. Esta vez fue un solo torpedo el que abandonó al *Silver* partiendo raudo al encuentro del proyectil enemigo que se acercaba por momentos. Luego, tras una nueva rectificación, disparó otros dos «WAC-Corporal» contra la esfera más adelantada, se levantó en su asiento, pálido de emoción y cruzando los dedos en ademán de suerte.

- ¡Ahora!

Su exclamación cayó como una bomba en medio del profundo silencio de la cabina. La pantalla televisora les envió la luminaria cegadora que delataba el choque de las dos armas a tremenda velocidad; el proyectil enemigo y el torpedo «Corporal» entraron en colisión a 150 millas de distancia hasta el punto del lanzamiento del segundo y se diseminaron en el espacio convertidos en menudos fragmentos, algunos de los cuales golpearon las paredes metálicas del *Silver* con un sonido semejante al crepitar de la lluvia. Los otros dos proyectiles enfilaron a la tercera esfera que a buen seguro no esperaba aquella reacción y se defendió demasiado tarde para tener éxito. Uno de los «Corporal» estalló en el aire, frenado por una fuerza

desconocida, pero el otro se empotró en las brillantes planchas de la envoltura, abriéndoles con su explosión una enorme brecha perfectamente visible aún a la enorme distancia a que se encontraban los contendientes.

Aquella esfera, que seguía un rumbo paralelo al del *Silver Star* manteniéndose a su altura por la izquierda, semejó detenerse en su avance e inmovilizarse sobre un punto inmaterial. Luego reventó como una fruta madura y hasta los terrestres llegó la llamarada rojiza que indicaba la catástrofe.

- Mire usted, Harry -anunció serenamente el profesor Allyson, repuesto ya de las emocionantes escenas del combate.

De la esfera siniestrada habían brotado cuatro navecillas diminutas, semejantes en aspecto a la que ya tuvieron ocasión de contemplar descendiendo sobre la zona polar de Marte, y que se esparcieron sobre el vacío buscando sin duda un refugio protector.

- Por si les sirve de algo -anunció la voz gozosa de Somerville-, les diré que la cuarta esfera aban donó la persecución en el momento de lanzarnos su proyectil. Actualmente volamos solos después de habernos desembarazado del enemigo.

Los gritos de triunfo de los tripulantes, entre los cuales eran dignos de señalar los alaridos de Morley y las lágrimas silenciosas de Betty Patterson, quedaron cortados por la advertencia del profesor Daniels que nuevamente penetraba en la cabina del observatorio astronómico.

- ¡Cuidado todos!

Durante unos breves segundos percibieron la visión de una de aquellas esferillas, gigantescamente agrandada por la corta distancia, precipitarse sobre el *Silver Star* a una velocidad fantástica. Se oscureció la pantalla televisora y cuando todos, con ánimo suspenso, se preguntaban qué iría a pasar, fueron lanzados violentamente contra el suelo de la cabina, contra los instrumentos y los mecanismos de control por la feroz sacudida de un choque que sacudió a la aeronave en peso. Las luces parpadearon unos instantes para recobrar al punto su brillo, y los hombres se alzaron con expresión interrogante, asustados y esperando de un momento a otro la explosión desintegradora que acabaría con sus vidas.

- ¡Los reactores siguen funcionando! -gritó Anderson.

Poco a poco fueron resurgiendo las iniciativas al percatarse de que el vuelo continuaba sin acusar los desperfectos producidos por el choque y Harry, acomodando a la aterrada Betty en el sillón de pilotaje pudo ordenar al fin:

- ¡Finnegan, Kelly! Les necesito para el reconocimiento previo de la aeronave. Usted, doctor, atiéndame a los contusos y desvanecidos, si es que hay alguno; general Kingston y usted,

Anderson, ayuden al profesor Allyson a mantener el rumbo hasta mi regreso; capitán Hurbult y sargento Morris, vean qué ha podido pasarles a los lanzacohetes y usted, Somerville, vea al profesor Daniels y pídale que nos trace un nuevo rumbo hacia la Tierra.

- ¿Y yo, jefe? -preguntó burlón Alan Morley a quien no se le había designado ningún papel-. Supongo que Seré «los contusos y desvanecidos» a quienes tiene que auxiliar el doctor Hunter. ¿Qué podemos hacer él y yo hasta tu regreso?

- Atiéndeme a Betty y juntamente con el doctor no descuidéis la pantalla de televisión -repuso Harry alejándose ya.

* * *

En los cuarenta minutos siguientes, y a medida que la inspección de Harry y sus dos ayudantes profundizaba más y más hacia la popa del cohete, fueron llegando hasta la cabina de mando diversos mensajes que poco a poco fueron creando una noción del peligro que todos corrían. Fue primero un enérgico «¡No cambien el rumbo bajo ningún motivo!» que sorprendió al profesor Daniels e hizo alzar interrogadoramente la cabeza al capitán Somerville, olvidado momentáneamente de los cálculos que estaba efectuando bajo la dirección del astrónomo. Diez minutos más tarde fue una llamada general para la tripulación, hecha -de acuerdo con el indicador-, desde el receptor telefónico de la cabina-almacén donde se guardaban los coches y los helicópteros:

- ¡Atención todos! -dijo la voz del ingeniero- Provéanse de las escafandras de presión y asegúrense de que los depósitos de oxígeno están en perfectas condiciones. Vístanse el equipo aunque no el casco.

Y cuando aún estaban preguntándose todos qué causas motivarían dicha orden, cuando comenzaron a obedecerla sacando de los anaqueles de la cabina las escafandras, los cascos y los depósitos auxiliares, llegó de nuevo hasta ellos la voz de Harry Travers tranquilizando un tanto sus excitados ánimos.

- El *Silver Star* no corre peligro momentáneamente, pero pudiera presentarse de un modo imprevisto. Quiero serenidad y sangre fría hasta mi regreso a la cabina. Repito que todo va bien.

Alan Morley, forcejeando con su escafandra demasiado estrecha y que se le había quedado enganchada en la cintura, comentó despectivo:

- Vaya una manera que tiene el jefe para dar las noticias. Nos ha dejado más asustados que antes.

Y cuando el ingeniero penetró en la cabina, todos se abalanzaron sobre él acosándole a preguntas. Harry, al igual que Finnegan y Kelly, vestía el traje de presión y portaba bajo los brazos

su casco y el de Finnegan para dar ocasión de que aquel sujetase dos cajas de embalaje grandes. Kelly, igualmente, acarreaba otro envoltorio, y llevaba en bandolera dos rifles antitanques que le encorvaban bajo su peso.

- ¿Qué significa esto, Harry? -preguntó el general Kingston.

- Significa que habremos de abandonar la cabina en las menores ocasiones posibles, general. Hemos traído alimentos y armas y contamos con el equipo acumulado aquí para desenvolvernos lo mejor posible.

- Pero el *Silver Star*... -comentó Betty.

- El *Silver Star* corre el riesgo de partirse en dos -repuso prontamente el ingeniero-, y quiero que esta idea se grabe lo suficiente en todas las cabezas para no obligarme a precipitar los acontecimientos. Solamente correremos peligro si algún imprudente hace lo que no debe; mientras tanto, les aseguro a todos que no ocurrirá nada,

Y con palabras escuetas exentas de gran lujo de detalles les fue dando cuenta a todos del resultado de la exploración. La esfera procedente de la aeronave enemiga se había estrellado contra el *Silver* a la altura de la línea de unión del plano izquierdo con el fuselaje, reventando contra él como una granada y perforando las planchas externas a impulsos de su gran velocidad ya adquirida.

- Debió ser algo terrible ese momento -seguía Travers- y celebro que ninguno de nosotros se encontrara allí, pues a buen seguro no habría podido contarlo. Penetrando en el interior como un auténtico proyectil, esa esferilla arrastró a uno de nuestros helicópteros y juntamente con él se precipitó sobre el costado opuesto abriendo una nueva brecha por donde desapareció en el espacio. Sin embargo, una parte de esa esferilla que calculo en su mitad aproximada, debió desprenderse con el primer choque y a su vez se estrelló contra la compuerta estanca que da paso a los motores principales y al taller de reparaciones, de tal forma que han quedado bloqueados y sin que nosotros podamos llegar hasta ellos. He traído conmigo algunos fragmentos de esa esferilla; el resto continúa empotrado en el mamparo de popa del *Silver Star* y hasta es probable que entre sus restos haya también algunos cadáveres.

Calló Travers unos instantes para que sus compañeros ponderaran las consecuencias del choque, y prosiguió luego:

- Pero no es eso todo, sino que, imposibilitados de reparar en vuelo las averías, nuestro cohete no soportará un viraje sin partirse en dos, dado que la magnitud de sus boquetes es bastante respetable. Si tal cosa ocurre, esta cabina de mando se vera separada de los reactores atómicos y convertida en un objeto insensible al mando, un cuerpo ciego, condenado a vagar eternamente por el espacio. Y,

además, toda la atmósfera existente desde el comedor y la enfermería, inclusive, hacia la popa, ha desaparecido escapándose por los boquetes abiertos en el casco. Es por ello que les hice vestir las escafandras, porque no contamos con más reserva de oxígeno que los depósitos auxiliares del comedor, el que haya actualmente en la cabina y el almacenado en los equipos individuales de las escafandras.

- ¿Y la reserva general, Harry? -inquietó el capitán de navío Hurbult sospesando lo crítico de la situación.

- La supongo intacta en su emplazamiento del almacén y taller de reparaciones -repuso Travers- pero las tuberías de conducción están cortadas y el oxígeno no llegará hasta nosotros. Ello no obstante -prosiguió-, puedo asegurarles que contamos con muchas horas por delante antes de que lleguemos a sentir la falta de aire respirable, y que si conseguimos reparar las tuberías de conducción nos habremos salvado. Sin embargo, soy de la opinión que deberíamos buscar un punto cualquiera del espacio, un planetillo diminuto que nos permitiera un aterrizaje, aun cuando en esta maniobra nos lo jugáramos todo, y reparar allí nuestras averías. De otra forma, no puedo garantizarles el regreso a la Tierra.

- Y de otro modo tampoco, Harry -contestó el profesor Daniels-, dada la enorme distancia a que ahora nos encontramos de nuestro planeta de origen. Dudo mucho que el combustible bastara para conducirnos hasta allá y soy también del mismo parecer que nuestro jefe. Busquemos un sitio donde aterrizar y reparar las averías, y una vez allí sospesemos con calma las posibilidades que tenemos para el regreso.

- Gracias, profesor, por inclinarse a mi favor -sonrió Harry-, pero de todas formas el peligro subsiste siempre.

- Pues yo encuentro descabellada esa idea, Travers -dijo el sargento Morris-. ¿Qué probabilidades tenemos de hallar ese planeta que necesitamos?

- Muchas y ninguna, Morris -repuso rápidamente el astrónomo-, pero siempre será...

Le interrumpió un grito excitado del general Kingston que señalaba hacia la pantalla con dedo nervioso. Betty Patterson sollozó de alegría prorrumpiendo en palabras entrecortadas y el profesor Allyson miró hacia la altura insondable como dando gracias al Sumo Hacedor que tan bondadoso se mostraba para con ellos. En el centro de la pantalla televisora, agrandándose con el paso de los segundos, había un cuerpo celeste, un planeta de pequeño tamaño que enviaba hacia los expedicionarios del éter los reflejos rojizos de su superficie.

CAPITULO VIII
ROBINSONES DEL ETER

Aquel planetillo que se divisaba nítidamente a través del televisor miraba hacia ellos ofreciéndoles su superficie coloreada profusamente salpicada manchas negras que lentamente se convertían en ronchas de un tono anaranjado primero, rojizo después y escarlata por último, para extinguirse súbitamente y recomenzar el ciclo de coloración cambiante. Su tamaño aumentaba a ojos vistas y su color rojizo iba palideciendo con la proximidad para convertirse en un tinte anaranjado, sobre el cual persistían aquellas negras y cambiantes manchas cuyo significado todavía no podían explicarse. Su tamaño, pese a la denominación de «planetillo» que le diera Allyson, era bastante mayor que el de la Luna, quizás el doble a juzgar por el incremento de volumen que la proximidad le daba.

- Bien, ahí le tenemos, caballeros -resopló satisfecho el profesor Daniels-. Dentro de unos momentos podré darles nuevos datos acerca de las condiciones de habitabilidad de ese astro desconocido.

En aquellos momentos se hallaban a 250.000 kilómetros de distancia y comenzaban ya a apreciarse, siempre a través del objetivo telescópico, los más insignificantes detalles del planeta que tan providencialmente se cruzara en su camino. Que poseía atmósfera era un hecho comprobado ya por los expedicionarios debido a que todos sintieron el leve choque y vieron subir la columna termométrica midiendo la fricción. Los reactores se habían detenido y la atracción del desconocido astro se dejaba sentir sobre la aeronave haciéndola ceñirse a la curvatura.

- ¿Y bien, profesor? -preguntó Morley al ver aparecer al astrónomo.

Por la expresión de la cara de Daniels todos supieron que traía buenas noticias, y no se extrañaron al oírle decir:

- Atmósfera respirable... pero con una densidad de oxígeno notablemente inferior a la de la Tierra. Probablemente hay gases nobles en abundancia, y a buen seguro que causarán perturbaciones en nuestro sistema respiratorio antes de que logremos acostumbrarnos a ellos. Hay también agua y anhídrido carbónico; existe vegetación, árboles y plantas, pero de una coloración distinta a la que conocemos porque su clorofila es roja. En cuanto a las demás circunstancias del planeta ya las conocen ustedes. Véanlas por sí mismos.

Hasta donde llegaba la vista, todo aquel planeta tenía una coloración rojiza, difuminada un tanto por la masa de brumas y especie de neblina que sombreaba sus alturas. La vegetación, las

mismas porciones de tierra que llegaban a distinguirse, hasta las mismas corrientes líquidas (los expedicionarios se resistían a denominarlas «agua» pese a la seguridad que les diera Daniels), todo tenía la misma coloración, uniforme y monótona. De vez en cuando, un punto escarlata se marcaba entre la bruma, burbujeaba entre aquellas nubecillas blancas y desgranaba su ardiente cascada de lava roja por las laderas de los pequeños montículos coronados por una hoguera. La erupción se apagaba casi enseguida, y hasta los ojos de los expedicionarios llegaba la visión estremecedora y negra de aquel cráter que instantes después lanzaría nuevas bocanadas de fuego.

- Voy a intentar el aterrizaje -dijo Travers con expresión resuelta-. ¿Alguna objeción? -exclamó el ingeniero.

- Una y muy importante -repuso Hurbult-. Si hemos de posarnos de cola sobre la superficie de ese planeta, ¿cree usted que nuestra aeronave soportará el impacto con las averías que lleva?

- Me temo que no... pero confío en que sí, capitán: De todas formas siempre nos queda el recurso de prolongar más las reparaciones, cosa que no debe preocuparnos después que el profesor Daniels ha asegurado que podemos respirar. Reservas de víveres no nos falta y no carecemos de armas, de modo que...

Se encogió significativamente de hombros y miró hacia Betty para pedirle:

- Deséame suerte, futura señora Travers.

Ella le sonrió animosa y cruzó sus dedos con firmeza. Los demás también asintieron y el ingeniero se dirigió a todos ordenando:

- Amárrense bien en sus asientos extensibles. ¡Allá vamos!

Percibieron claramente los estremecimientos convulsivos de las planchas del *Silver Star* cuando se inició el lento viraje que había de colocarle en posición vertical. Con ánimo suspenso fueron imaginando todos los chasquidos del metal, los chirridos de los bordes desgarrados de los orificios y las escisiones de las planchas a medida que se completaba el giro. La sencilla maniobra estuvo llena de peligros y la coronó un suspiro colectivo de alivio cuando se vieron apuntados al cielo y con el planeta bajo sus plantas, a quince kilómetros de distancia.

- ¡En marcha los reactores auxiliares! -advirtió Anderson.

- Conecte a intervalos el reactor principal, Paul -dijo Harry-. Quiero asegurarme de que nuestro descenso se hace lo más lentamente posible aunque sin llegar a perder el equilibrio.

Atravesaron la capa de nubes y se hundieron hacia su tabla de salvación acercándose a los surtidores ígneos de los volcanes que parecían componer el factor predominante de la superficie. Luego se cernieron sobre una llanura salpicada de bosques, llena de unos árboles que difícilmente se diferenciaban en color de la misma tierra

que les sustentaba, vieron enturbiarse la pantalla de televisión con el vapor blanquecino de una fumarola y al fin contemplaron el espectáculo alentador de las columnas de polvo rojizo que se levantaban de la superficie por efecto del rebufo de los motores nucleares.

- Quinientos... cuatrocientos... trescientos cincuenta... cien metros... Ochenta... sesenta... cuarenta... veinte... -fue cantando el profesor Allyson consultando incesantemente la sonda eléctrica que les daba la distancia desde la cola del cohete a la superficie.

- ¡A tope los motores! -gritó Travers-. ¡Agárrense fuerte!

Percibieron el impacto sobre la tierra desconocida y roja. El *Silver Star* se asentó firmemente sobre sus tres timones compensadores y el pie telescópico que formaba el segundo par de equilibrio. Temblaron las planchas del casco y la aeronave entera semejó tambalearse como un árbol sacudido por la brisa.

- ¡ Atención!...

Escucharon un escalofriante chasquido e inmediatamente se hundieron hacia el suelo encerrados en la cabina. La aeronave acababa de partirse en dos pedazos y mientras el que contenía los reactores se volcaba con estrépito levantando espesas nubes de polvo rojizo, la cabina entera fue a estrellarse contra la superficie entre un concierto escalofriante de chirridos, golpes, desgarraduras de metal y un último estruendo que la hizo desaparecer entre el turbión del polvo levantado con el postrer choque.

* * *

Cuando los ojos de Harry Travers se abrieron de nuevo, su primer pensamiento fue para recordar cuantos detalles pudiera sobre las circunstancias de arribo a aquella tierra desconocida. Lentamente fueron abriéndose paso entre las brumas de su cerebro las ideas y otra vez se vio amarrado la su asiento de la cabina de mando, de nuevo escuchó el grito terrorífico de Betty mientras en la pantalla de televisión se sucedían las imágenes con rapidez vertiginosa; percibió los movimientos del capitán Somerville que intentaba librarse de sus ataduras, los rostros pálidos y descompuestos del resto de la tripulación... y se vio precipitado al fin hacia el pozo sin fondo de aquella oscuridad que semejó envolverlos a todos y les lanzó por los caminos de la inconsciencia en medio de un espantoso fragor que les hizo perder la noción de las cosas, las sensaciones de padecimiento y agudo dolor que experimentaban sus cuerpos y la angustia moral que les oprimía el corazón.

Abriendo despacio las pupilas, trató de girar la cabeza para contemplar un panorama distinto al conocido. Había creído recobrar el conocimiento entre el informe montón de hierros a que habría

quedado reducida la cabina, y he aquí que ahora veía sobre su cabeza la sombra rojizo-oscura de unas rocas que desde la altura descendían por ambos lados para formar las paredes y se reunían por debajo de él mismo en una superficie llana y sin obstáculos.

- Me han traído a una caverna -murmuró-, lo que indica que el aterrizaje no fue tan malo como supuse y todavía estamos vivos.

Era una caverna, sí, pero de grandes proporciones y dotada de ciertas condiciones de habitabilidad que le llenaron de asombro. Una serie de focos brillaba allá abajo, y a su reflejo vio algo que le despabilo por completo: Un cuerpo negro, de líneas estilizadas y aerodinámica forma, ocupaba casi por entero la cavidad no dejando lugar a dudas sobre su naturaleza, ¡Aquello era una aeronave sideral! ¡Un buque del espacio... que de ninguna manera era el *Silver Star*!

- Debo estar viendo visiones -murmuró incrédulo.

Y entonces contempló verdaderamente la primera de ellas, porque una sombra se inclinó sobre él, seguido al punto por una segunda, y junto al rostro alegre y excitado del doctor Hunter... Harry Travers contempló una cara perfectamente humana, con todas las características raciales de los hombres de la Tierra... «y que no era ninguno de sus compañeros a bordo de la aeronave».

- No... no es posible... -exclamó, tratando de incorporarse mientras el doctor Hunter sonreía.

Y la visión le habló... le hablo en un inglés semejante al suyo, con las mismas inflexiones nasales que delataban a aquel extraño como norteamericano:

- Comprendo su asombro -dijo-, pero no lo fue menos el mío y el de mis compañeros al encontrarles.

- No conviene que se excite, Harry -pidió el doctor-. Todo tiene una explicación y habrá demasiadas ocasiones para conocerla.

- Pero... este hombre...

- Sí, soy terrestre lo mismo que ustedes -habló el desconocido-, y como conozco su nombre, señor Travers, será mejor que me presente. Me llamo George M. Murdock y soy piloto, o al menos lo fui hace tiempo en la Tierra. ¿Que como he llegado hasta aquí, van a preguntarme? Es largo de contar y lo sabrá a su debido tiempo, en cuanto se halle completamente repuesto.

-¿Nos vieron caer, señor Murdock?

- En efecto, amigo, y puedo asegurarle que el suyo fue el aterrizaje forzoso más perfecto que he visto en mi vida. Solamente las grandes averías y un accidente estúpido impidieron una feliz realización cuando ya estaba conseguido lo peor, se lo aseguro.

- Se lo agradezco, señor Murdock -dijo Harry con voz débil-. Yo tenía mis dudas acerca de ello y...

- No se hable más del asunto, Harry -cortó el doctor Hunter-. Y

ahora déme una respuesta para el saludo de Betty Patterson y de los restantes compañeros. Betty, especialmente...

- Betty -repitió Harry-. Sobradamente sabe cuánto estimo sus palabras y el bien que me ha hecho; casi me encuentro con fuerzas para levantarme.

- Magnífico -dijo Murdock con tono burlón-. Pruebe a intentarlo.

Así lo hizo Travers y hubo de confesar la inutilidad de sus esfuerzos. Súbitamente alarmado, como cayendo en la cuenta de su dolencia, preguntó inquieto:

- Pero, ¿qué es lo que tengo? Las piernas y brazos funcionan bien, no siento nada en la cabeza ni en el cuerpo, y sin embargo, no tengo fuerzas casi para moverme. ¿Qué me pasa?

- Sencillamente, Harry -dijo el doctor-. Que está todavía bajo los efectos de la radioactividad de nuestros propios reactores, aunque lo peor ya ha pasado gracias a los cuidados de otro médico que me da ciento y raya en sabiduría y que sabe tratar perfectamente estos casos. Los demás hemos reaccionado bien, y dentro de poco ... Lo siento por Morley y el capitán Hurbult, Harry.

- ¿Qué le ha ocurrido a Alan?

- Debe saberlo tarde o temprano, Harry. El telescopio electrónico cayó sobre ellos al desplomarse la cabina, y les aplastó con su peso.

- ¿Muerto... Alan Morley?

- Muertos los dos, señor Travers -dijo Murdock-. Y comprendo su sentimiento y su dolor por la pérdida de Morley, ya que, según me han contado sus compañeros, era un hombre alegre y jovial, excelente muchacho.

- Y gran amigo mío -terminó amargo Harry-. El mejor amigo que jamás tuve y que me fue siempre fiel, hasta en los momentos de mayor peligro. Me siento responsable de su muerte; Morley compartió con todos nosotros los riesgos y peligros menos imaginables y siempre salimos airosos para, al final, perecer en una maniobra descabellada y estúpida.

- No opino así, señor Travers. Le dije que el aterrizaje fue perfecto y estaba tan seguro de ello que reconocí personalmente el terreno hasta descubrir la causa del accidente. Ni usted ni nadie tuvieron la culpa; sólo fue un reblandecimiento del terreno lo que originó la pérdida del equilibrio y les precipitó al suelo.

- Le agradezco...

- No me agradezca nada y procure dormir. Tal vez mañana consigamos ponerle en pie definitivamente.

- ¿Cuánto hace que estoy, que estamos todos en esta forma?

- Nueve días según la cuenta de la Tierra -repuso prestamente

el doctor- y un poco más de tres según el calendario de los hombres de Kaoni.

- Esto es una pesadilla -murmuró Harry-. Hombres de Kaoni, usted mismo, señor Murdock, esa aeronave, Morley muerto, la caverna...

El doctor Hunter clavo en el brazo del ingeniero la aguja de una jeringuilla hipodérmica y dejando que Travers sacara sus propias conclusiones de todo cuanto le habían contado, se alejó presuroso en compañía del hombre que dijera llamarse George Murdock. Harry, luchando contra los efectos del sedante, trató de fijar sus ideas sobre un punto determinado, pero sólo consiguió percibir el rostro sonriente de Betty Patterson que le miraba desde unos ojos bañados en lágrimas de alegría.

* * *

Pasadas las naturales efusiones de alegría, dedicado un piadoso recuerdo a Morley y a Hurbult ahora desaparecidos, los expedicionarios se habían reunido con sus inopinados salvadores en torno a la enorme hoguera enclavada ante la entrada de la gruta que les servía de refugio. En pocos momentos se habían sucedido las presentaciones y a la sazón Harry Travers conocía ya a George Murdock, a James Tiddim, que aprovechó la ocasión para hacer unos cuantos chistes acerca de su persona, a Lester Doc y a Mario Alves, norteamericanos los tres primeros y brasileño el cuarto, protagonistas de la más fantástica historia que jamás pudieran imaginar, y precursores de su viaje interplanetario, veteranos del espacio, hombres experimentados y llenos de recursos y con una habilidad nacida de las dificultades y peligros que necesitaron desafiar.

Pero aún había más, algo que llenaba de pasmo a los terrestres, y era la presencia de cuatro bellísimas muchachas de piel ligeramente amarillenta y rasgos faciales casi humanos, y de ocho a diez hombres de la misma naturaleza que se decían procedentes de un planeta llamado Kaoni. De asombro en asombro avanzaban los terrestres escuchando a sus salvadores. Si fantástico era el hecho de que aquéllos hubiesen sido raptados de la Tierra por una aeronave marciana, sobrenatural la existencia de otros seres más poderosos que el mismo Marte -confirmándose así la hipótesis del profesor Alliyson-, más extraña resultaba la existencia de aquel pueblo de un aspecto externo tan semejante al terrestre, que parecía producto de un cruce entre la raza blanca y la raza amarilla.

Harry, incapaz de dominar por más tiempo su excitación, se. había levantado y paseaba arriba y abajo por la entrada de la gruta. George Murdock, con frecuentes interrupciones de sus tres compañeros y aun de aquellos hombres y mujeres que hablaban una

lengua incomprensible, y se expresaban en inglés con alguna soltura, estaba relatando su historia. Y aunque su palabra fácil y amena la presentaba de forma que todos se creían protagonistas de ella, Harry atendió solamente a la presencia de Betty Patterson que se le había acercado al contemplar sus paseos impacientes.

- ¿Qué te ocurre, querido? -preguntó-. ¿Amargado aún por las muertes de Alan y de Hurbult?

- Puede que sea eso y puede también que esté necesitando algo excitante que me permita recobrar el necesario equilibrio de los nervios, alterado después de este fantástico encuentro y roto por los relatos e historias que hemos escuchado. He visitado por mi cuenta la aeronave oculta en la gruta y he podido darme cuenta de que es más poderosa y perfecta que nuestro valiente *Silver Star*; contaba con ella para el regreso a la Tierra, pero Murdock me dice que está averiada, cosa incomprensible puesto que en el mes escaso que estamos aquí hemos podido darnos cuenta de que los científicos de Kaoni son algo maravilloso que da ciento y raya a los mismos Daniels y Allyson por no ir más lejos. Parece como si Murdock tuviera interés en permanecer aquí en lugar de regresar...

- Se equivoca usted, amigo Travers -dijo la voz del norteamericano que se había acercado hasta ellos-. Deseo tanto o más que usted la vuelta a la Tierra y solamente una serie de circunstancias adversas nos lo ha impedido.

- Yo bendigo esas circunstancias, señor Murdock -dijo la muchacha-, porque gracias a ellas han podido salvarnos esta vez.

- Pero todo ello ha terminado, señorita Patterson -continuó Murdock-, y los preparativos para el regreso van a comenzar. Ahora tenemos herramientas y útiles... Lo demás es cuestión de tiempo tan sólo. Espero que mañana no nos falte su colaboración cuando comencemos el trabajo, ingeniero -termino sonriente-. Y ahora, si no es molestia, escuchen el final de nuestro relato porque de él podrán sacar muchas enseñanzas.

Betty y Travers vieron alejarse a Murdock y permanecieron unos momentos con las manos agarradas mientras dentro de sus corazones resonaba el eco de aquellas palabras mágicas. «Regreso a la Tierra», había dicho Murdock. Y ello se convirtió en el excitante que Travers necesitaba para sus nervios e hizo nacer una sonrisa alegre entre sus labios apretados.

- ¿Te he dicho alguna vez que te quiero, Betty? -murmuró atrayéndola hacia sí .

- Pues... no lo sé, Harry.

- ¡Le estoy esperando, ingeniero! -llamó desde lejos la voz de George Murdock.

- Habrá de aguardar un poco más -rió traviesa Betty Patterson

ofreciendo sus labios a Harry-, pero no demasiado, porque deseo fervientemente regresar a la Tierra para convertirme en la «señora Travers».

- ¡Aceleración! -dijo riendo el ingeniero mientras sus labios se acercaban a los de la muchacha.

F I N

Un planeta hostil, lleno de peligros, sembrado de conos volcánicos de imprevista actividad y poblado por extraños monstruos de increíble resistencia y cualidades.

En él se habían dado cita los fugitivos para iniciar los trabajos que habrían de conducirles al logro de la mayor de sus ilusiones.

Otra vez LARRY WINTERS se adueña del interés y la emoción certiéndolas con el vuelo de su fantasía sobre uno de sus característicos relatos.

FUGITIVOS EN EL COSMOS

es una sucesión de aventuras, emociones y rasgos de ternura. Es la vibrante página de la fantasía hecha realidad ante los ojos de los lectores

Es, en fin, la magnífica novela que en su próximo número presentará la

Colección Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: **5** pesetas